

VI. El Carisma del Carmelo enriquecido por la herencia Teresiana



1. El carisma del Carmelo queda enriquecido en Teresa de Jesús; 2. Ideal contemplativo y eclesial de la Reforma Teresiana; 3. La salvación de las almas, oración prioritaria del Carmelita; 4. La contemplación del atributo divino de la Misericordia; 5. La Reforma Teresiana y la oración por los sacerdotes; 6. Pacificadora de Europa; 7. Orante y mediadora en el arte de evitar la guerra; 8. Orante por las Iglesias y los católicos perseguidos; 9. El “aumento de la Iglesia” por medio de la expansión misionera; 10. Los que contribuyeron al nacimiento del Carmelo Descalzo en la Iglesia.

1. El carisma del Carmelo queda enriquecido en Teresa de Jesús

A partir del momento en que Doña Teresa de Ahumada, se propuso vivir el carisma del Carmelo con toda perfección, se le concedió vivir con gran intensidad las diversas dimensiones del carisma del Carmelo, tal como se había encarnado hasta entonces. Pero en ella se da un enriquecimiento del carisma. La forma de vida que la madre Teresa procurará instaurar en el monasterio de San José, cuna de la

Descalcez, será mucho más que una simple reforma, algo que el eminente carmelita Otger Steggink suscribirá:

«No debe considerarse su obra como una simple re-forma, esto es, una extirpación de abusos y la reorganización de la vida regular. Muy pobre sería nuestro concepto de la obra teresiana si viésemos en ella una mera rebelión contra los abusos y defectos de organización. La nueva forma de vida carmelitana, inspirada en el más hondo espíritu evangélico y en el ideal eremítico-contemplativo carmelitano, con su clara finalidad dogmática, más que de re-forma debe calificarse de obra creadora y fundadora que coloca a la madre Teresa de Jesús entre las primeras figuras de la Iglesia de la Contrarreforma. Su actuación de reformadora no parece ser más que un aspecto secundario de la obra.»¹

Teresa de Jesús dará dimensión eclesial a la vida contemplativa. No solo imitará las virtudes de la Virgen, la honrará y procurará que lo hagan los demás, sino que, dejando que el Espíritu Santo obre en ella hasta lo más hondo de su ser, se realizará en ella un profundo proceso de marianización. De este modo, asumirá con todas las capacidades de su ser, la misión que Cristo dio a su Madre al pie de la Cruz, siendo con María corredentora de la redención de Cristo. A su vez, Teresa asume como suyas las causas que la Iglesia ha encomendado tradicionalmente a la Virgen María, «Auxilio de los cristianos», «Reina de la paz», «Reina de los Apóstoles»..., y animará a sus hermanas e hijas para que hagan lo mismo.

2. Ideal contemplativo y eclesial de la Reforma Teresiana

Cuando por su unión con Cristo queda Teresa de Jesús profundamente sensibilizada por los males de la Iglesia, ella se preguntará qué puede hacer para ayudar en aquel momento crucial a la Iglesia. Teresa era consciente, por experiencia propia de que, cuando no hacía vida de oración, su vida cristiana y religiosa se desintegraba camino del infierno, pero cuando pide insistentemente a muchos que oren por ella, para que el Señor le muestre sus caminos (CC 1,33) y ella ora, experimenta en sí misma una transformación profunda que le ayuda a vivir radicalmente el seguimiento de Cristo en su vocación religiosa.

¹ O. STEGGINK, O. Carm., *La reforma del Carmelo español: la visita canónica del general Rubeo y su encuentro con Santa Teresa (1566-1567)*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1965, Ávila, Diputación Provincial 1993, 313.

Lo que Teresa constata en su vida, es lo que necesita la comunidad eclesial. La oración es el medio para fortalecer a la Iglesia en aquel momento tan crítico. La oración no solo puede transformar a las personas de forma individual, sino a la Iglesia y a naciones enteras. A partir de esta comprensión profunda se opera en ella un enriquecimiento del carisma. De modo que descubre

«lo que nadie le había dicho, ni los teólogos ni los libros, que en la entraña misma del ideal contemplativo (según el esquema clásico del “vacare Deo”, con la mirada y el amor hacia lo alto: “rerum divinarum contemplatio et amor” [en una especie de anticipación escatológica de la vida celeste]) se encontraba el clamor de los hombres, las necesidades más profundas de la Iglesia doliente; hallazgo que se iba a convertir en una nueva clave de lectura de su tradición carmelitana de su ideal contemplativo en la Iglesia».²

De este modo, al ideal del “vacare Deo” propio de la Orden del Carmelo. De estar «siempre disponible al encuentro con el Señor, dejándose tomar y conducir por Él y gozando de Su presencia buscada y experimentada en la realidad de la vida, en lo cotidiano [...] para ver la realidad con sus ojos y amarla con su corazón»,³ Teresa añadirá a la contemplación de Dios, o fruto de ella, que la hace sensible a las necesidades más profundas de la Iglesia doliente, el ser intercesora ante Dios, principalmente por la Iglesia y en particular por el ministerio ordenado y por la salvación de las almas. De este modo, Teresa dará dimensión apostólica a la vida de oración con tanta mayor intensidad cuanto más se adentra en los más encumbrados grados de la unión con Dios.⁴

Inculcará a sus hijas que el crecer en amor a la Iglesia e interceder por ella será signo de progreso en la vida espiritual: «La mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica. Estas son las señales del amor» (4 M 1,7). Es significativo, que «probado el espíritu con sutilísimas purificaciones, enriquecido con gracias altísimas, conducido a la unión con Dios, es llevado a la comunión íntima con la Trinidad, se demuestra la madurez del “hombre nuevo” en esto: que fructifique y produzca “¡obras!, ¡obras!”, hasta que se unan

² Salvador ROS, «El carisma del Carmelo vivido e interpretado por santa Teresa», en *Revista de Espiritualidad* 56 (1996), 161-250 (180).

³ Emanuele BOAGA O. Carm, «La oración en la vida de la Orden desde el paso a Europa hasta el siglo XVI», en Rafael CHECA OCD (Coord.), «*La oración en el Carmelo, pasado, presente y futuro*», *Actas del Congreso*, México 2002, 13-19.

⁴ Cf. Ismael BENGOCHEA, *Teresa y las gentes*, P. Carmelitas Descalzos, Cádiz 1982, 158.

inseparablemente estas dos cosas: alabar y glorificar a Dios y ayudar a la Iglesia: “alabéis mucho a su Majestad y le pidáis el aumento de su Iglesia y luz para los luteranos”» (M. epíl.).⁵ Con ello vemos, como bien dice Ismael Bengoechea: «Llegar a las últimas moradas del castillo interior no significa para esta alma mística desentenderse de los demás ni quedarse indiferente ante la perdición eterna de los hermanos. Por el contrario, de ahí proviene todo su ardor apostólico.»⁶ A medida que se une a Cristo, participa con mayor intensidad de su misión redentora.

En Teresa se da un cambio significativo en el objetivo último de vivir la Regla. El Papa Honorio III, a través de la bula del 30.1.1226, establece que «en remisión de vuestros pecados os imponemos a vosotros y vuestros sucesores que observéis regularmente, en cuanto os sea posible y con ayuda de la gracia divina, las normas de vida dadas por el Patriarca de Jerusalén».⁷ En cambio, la Santa hará relativizar a sus hijas uno de los objetivos centrales de la Regla y de la religiosidad de su tiempo, el orar constantemente por la propia salvación. Les dirá: «¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? ¡Cuánto más el provecho de muchas y la honra del Señor!» (C 3,6). Así, las exhortará constantemente a orar por las necesidades de la Iglesia: «Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba que las hermanas hiciesen lo mismo y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia» (F 1, 6). Ella será la primera en hacerlo, quienes la conocieron dan testimonio de ello: «Ocupábase tanto en hacer oración y penitencia por las necesidades de los prójimos, y en especial por el aumento de la Iglesia, que casi todo lo que rezaba era por esto y muy poco por sí.»⁸

Las hará conscientes de que, estando encerradas, pelean por Cristo. Para ello les pone el símil de la batalla, recogerse y hacerse fuertes en un castillo (monasterio) y desde allí pelear con sus oraciones y con la santidad de vida por los que luchan en el campo de batalla, que son los predicadores con la palabra y los teólogos con la pluma (C 3,1-2), y que estos acaudillen a los cristianos y les enseñen el camino de la salvación. Les pide supliquen a «nuestro Señor diese ciencia y letras

⁵ AAVV “Informatio Patroni, Santa Teresa, Doctora”, *Revista de Espiritualidad*, 116-117 (VIII-XII 1970) 371-448 (408)

⁶ Ismael BENGOCHEA, *Teresa y las gentes*, o.c., 156.

⁷ Citado por Pau M. Casadevall, *El Carmel, un proyecto de vida*, Ed. Pares Carmelites, Barcelona 1985, 15.

⁸ Proceso de Salamanca, Declaración de Ana de la Trinidad, BMC 18, p. 45. Citado por Lucio DEL BURGO, «El proyecto de vida religiosa de Teresa de Jesús», en AA VV, *Hombre y mundo en Santa Teresa*, Madrid, Ed. de Espiritualidad, 99-123 (103-103).

a los religiosos y prelados de la Iglesia para destruir las dichas herejías y defender la Iglesia Católica».⁹

Los testimonios del proceso de beatificación son verdaderamente elocuentes de que este fue el objetivo por el que el Espíritu Santo hizo surgir en aquellos momentos, tan críticos para la Iglesia, la Reforma de Teresa en el Carmelo: «Como en aquel tiempo en el cual trataba de erigir el monasterio oyese cuánto cundiesen los herejes en Francia y Alemania y otras regiones, con gran dolor de corazón y gran deseo de ayudar a la Iglesia de Dios, con cuyo celo vehemente se afligía, dirigió todas las oraciones y otras asperezas de la Religión como principal medio y fin de su monasterio a Dios por la conversión de los herejes y por la propagación de la fe, y juntamente por los predicadores que se ejercitaban en la conversión de las almas y que, con la oración, este celo de las almas fue la primera vocación que tuvo en esta nueva reformatión de Orden.»¹⁰

Teresa instruirá a sus monjas en cómo comportarse con las gracias místicas que pudieran recibir mientras oran por las necesidades de la Iglesia. Estas tienen por objetivo agilizar su camino hacia la unión con Dios, y así sea más fecunda su oración en bien de la Iglesia. A su vez, mandará a sus monjas que quienes tengan en la oración visiones o revelaciones deben acudir a los sacerdotes para «darles parte de lo que en su corazón pasa para que lo aprueben si fuere bueno, y si es malo, desengañen. Y este dar cuenta del espíritu y de lo interior mandó la madre Teresa con mucha fuerza a sus hijas, y mientras lo guardaren, irán bien encaminadas, y en queriendo confiarse de sí y creer a su propio espíritu se perderán».¹¹ Pero les recomendará que lo hagan con sacerdotes letrados, ya que estos nunca la engañaron (V 5,3).

Ante todo educará a sus hijas para que procuren crecer en las grandes virtudes (amor al prójimo, desasimiento y humildad) (C 4, 4), para que sus oraciones sean aceptadas por Dios, ya que Él «escucha a todo aquel que le honra y cumple su voluntad» (Jn 9, 31). Por ello las instará a que «procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios» (C 3,5). Y con sus virtudes despierte a sus hermanas de comunidad, porque «mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor y más aprovechará su oración a los prójimos» (7M 4, 15).

Es consciente Teresa de que «no es posible mantener una relación amorosa con Dios –esencia de la oración- y al mismo tiempo

⁹ *Procesos*, BMC, *ibid.* t. 80, p. 523. Citado por Tomás de la Cruz, «Santa Teresa de Ávila, hija de la Iglesia», en *Ephemerides Carmeliticae* 17 (1966) 345-367 (361).

¹⁰ *Procesos*, BMC, t. 20, p. XXIV. Citado por Tomás Álvarez, *Santa Teresa y la Iglesia*, Ed. Monte Carmelo, Barcelona 1980, 102.

¹¹ Jerónimo GRACIÁN, BMC XVI, 495.

conducir una existencia incompatible con lo que reclama esa amistad».¹² Por ello, «oración y regalo no se compadece» (C 4,2). Ya que como dirá Eulogio Pacho: «la inclinación natural, el amor propio, los gustos atan a los bienes materiales y alejan de Dios; de ahí la exigencia ineludible de la lucha ascética, de la abnegación y de la mortificación [...]. La ascesis, a través de la mortificación y el ejercicio de las virtudes, tiene una función catártica que elimina vicios y escorias, limpiando el alma para poder ser totalmente de Dios.»¹³

Ante el apremio de la angustiosa situación eclesial, conformará la vida conventual lo más posible a la Regla del Carmen sin mitigación, en un contexto de vida penitencial y de soledad, para que nada distraiga lo esencial de su vocación, que es interceder ante Dios por la salvación de las almas, el aumento de la Iglesia y la santidad del ministerio ordenado. Han elegido libremente aquella vida austera y penitencial por amor a Dios, liberadas de contentar a nadie sino a Él.¹⁴ Por eso Teresa invitará a confiar «en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo» (C 1,2), por esta confianza liberadora de sí, Dios escucha más prontamente las súplicas que se le dirigen en bien de la Iglesia.

De este modo, la aportación de la Reforma carmelitana de Teresa de Jesús supondrá un «avance cualitativo en la espiritualidad de la Iglesia [...], la propuesta de una nueva manera de vivir el Evangelio que respondía a las inquietudes de su tiempo; y respondiendo de esta manera a las necesidades de su tiempo vemos que se adelantó a las del nuestro, porque supo dar con las necesidades de todos los tiempos»,¹⁵ ya que en la oración está el remedio tanto de la Iglesia como de la sociedad de todos los tiempos. Porque –como dirá el gran intercesor de la Iglesia, el beato Francisco Palau–: «Dios ha dispuesto que la oración sea el medio por donde los hombres reciban sus gracias y sean salvos de los peligros y curados de sus llagas, porque quiere que le reconozcamos por el dador de la vida y de la muerte, de la salud y de la enfermedad.»¹⁶ Por ello, «de ley ordinaria no reciben los hombres bienes espirituales, ni son librados de males, sino por medio de la oración, que es la llave real para abrir los cofres celestiales».¹⁷

¹² Eulogio PACHO, *Apogeo de la mística cristiana. Historia de la espiritualidad clásica española 1450-1650*, Burgos, Ed. Monte Carmelo 2008, 1090.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Les dirá la Santa «¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantito se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios?» (C 2, 5)

¹⁵ Salvador Ros, «El carisma del Carmelo vivido e interpretado por Santa Teresa», *Revista de Espiritualidad* 56 (1996) 161-205 (166).

¹⁶ Francisco Palau, *Escritos, Lucha del alma con Dios*, III, 10.

¹⁷ *Ibid.*, III, 44.

Los escritos de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz son complementarios. Los escritos de santa Teresa de Jesús son prioritariamente luz y ayuda para todos aquellos orantes, que experimentan gracias místicas, cuyo objetivo es acelerar la unión con Dios para poder así ser más fecunda su oración en bien de la Iglesia. Por su parte, los escritos de san Juan de la Cruz, dan luz, ante todo, a aquellos orantes a los que el Señor lleva por caminos de sequedad y oscuridad hacia la unión con Dios, como fue el caso de santa Teresa del Niño Jesús.

6.2. La salvación de las almas, oración prioritaria del Carmelita¹⁸

Aunque la oración de la Orden del Carmen no tuviera conscientemente un fin apostólico, como se dará en Teresa de Jesús, al asumir el espíritu de María, no por ello dejaba de tenerlo. Los carmelitas como hemos visto, al dedicar a María la primera capilla, establecían con Ella una alianza. Ellos se ponían a su servicio, y Ella los protegería.

Desde su llegada a Europa, que comenzó aproximadamente en 1230 y durante los siguientes 150 años, el Carmelo tuvo una existencia un tanto precaria. «En este período, los frailes aprendieron a confiar en el auxilio y protección de María. Se encomendó a Ella la supervivencia misma de la Orden, y los hermanos tenían confianza en su protección y cuidado.»¹⁹ En multitud de ocasiones, experimentaron los carmelitas que hubiera desaparecido la Orden de la faz de la Iglesia, si no hubiera intervenido la Virgen María, a quien los carmelitas suplicaban su ayuda, ya que ellos, recién venidos a Occidente, no estaban preparados para defender su causa. Los carmelitas «fueron consiguiendo gota a gota el

¹⁸ En este capítulo se intenta hacer una humilde aportación, en respuesta a la petición que los superiores generales P. Joseph Chalmers, O. Carm y P. Camilo Maccise OCD, con ocasión de los 750 años del Escapulario, hicieron en su Carta Circular *La Virgen María en la vida del Carmelo*. «Lo que los Carmelitas han de hacer es dar con una manera de presentar el Escapulario tanto para quienes están convencidos de la historicidad de la visión, como para quienes no consideran que haya una prueba histórica irrefutable. La verdad central de la historia de la visión es la experiencia vivida del Carmelo: María, su Patrona, la ha protegido y ha garantizado su perseverancia; la oración de María es poderosa para asegurar la vida eterna» (n. 22).

¹⁹ Ludovico SAGGI, «Santa María del Monte Carmelo», en *Santos del Carmelo*, L. Carmelitana, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1972, 44-45.

derecho de existir, a través de concesiones pontificias que les permitían ir integrándose en la trama de la sociedad».²⁰

La constante protección de la Virgen que experimentaban los carmelitas, se la agradecerían con una conmemoración solemne anual, que en un inicio era el 17 de julio. Luego esta fiesta se celebrará el 16 de julio, «concentrándose en el escapulario (con las visiones de san Simón y de Juan XXII), la suma de todos los beneficios marianos de la Orden».²¹

Los carmelitas, no solo servirán a la Virgen obsequiándola con una liturgia transida de amor a Ella, o con la dedicación de los conventos y las iglesias que edificaban. Sino que, con las oraciones que los carmelitas dirigían a Dios y su obra evangelizadora, colaboraban en la misión más importante que la Virgen asumió a los pies de la Cruz, la de ser corredentora. Y un modo de trabajar apostólicamente en esta causa será la difusión del santo Escapulario.

Por los frutos se conoce el árbol (Lc 6,44). La abundancia de frutos espirituales a lo largo de los siglos y en todo lugar de que serán objeto los que vistan el santo Escapulario del Carmen, entre ellas: conversiones incluso de pecadores empedernidos, mejoramiento de la vida cristiana, ser librados de peligros de alma y cuerpo..., nos hace preguntar cuál es su origen. Ya que las gracias concedidas por mediación de María, a los que llevan el Escapulario del Carmen, muestran una protección particular de la Virgen María que no han mostrado tener otros escapularios de otras Órdenes religiosas, o de otras advocaciones marianas.²²

Siglos más tarde, por las gracias que experimentaban los que llevaban la medalla con la inscripción «¡Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!», que se distribuyó en Francia en la primera mitad del siglo XIX, más tarde llamada «medalla milagrosa», las gentes se preguntaban por el origen de aquella medalla. Luego se supo que la Virgen María en dos apariciones a santa Catalina Labouré en 1830, en la calle du Bac de Paris, se la mandó acuñar, y prometió que todas las personas que la llevaran con confianza recibirían muchas gracias.

²⁰ *Ibíd.*, 43.

²¹ *Ibíd.*, 171.

²² «En el Medievo había la convicción de que quien formaba parte de una Orden religiosa (y el signo de la participación era recibir y llevar su hábito) podía considerarse salvado por toda la eternidad. Es más, esta mayor o menor pertenencia a la vida religiosa era considerada indispensable para salvarse. Esto se había admitido en cuanto al hábito de los monjes; a ellos se equipararon también las Ordenes Mendicantes. Antes que al hábito de los Carmelitas, la salvación eterna la hallamos vinculada al de San Benito, al de Santo Domingo y al de San Francisco». Ludovico SAGGI, «Santa María del Monte Carmelo», o.c., 182.

La rapidez con que esta medalla se propagaba y las gracias singulares que los fieles obtenían con su confianza hicieron que el arzobispo de París, Mons. De Quelen, mandara realizar una investigación oficial sobre el origen de la medalla de la calle du Bac. Llegará a la conclusión de «que las gracias que se obtienen del cielo, los fieles que llevan esta medalla, parecen verdaderamente los signos por los cuales el Cielo ha querido confirmar la realidad de las apariciones, veracidad del relato de la vidente y la difusión de la medalla».²³ En Roma, a raíz de la conversión del judío Ratisbona, el papa Gregorio XVI confirmaba con su autoridad las conclusiones del arzobispo de París.

La difusión por todas partes de la «Medalla Milagrosa» suscitó un gran movimiento de fe que culminó con la proclamación del dogma de la Inmaculada.

Tanto la Medalla Milagrosa como el Escapulario del Carmen son instrumentos de la incansable bondad de la Santísima Virgen para con todos los pecadores y desdichados de la tierra.

Análogamente, podemos decir que ha existido un don particular de la Virgen María en el don del Escapulario del Carmen para que dé tales frutos espirituales en quien lo lleve con devoción. Incluso, como nos recordaban los superiores generales P. Joseph Chalmers y P. Camilo Maccise: «La aceptación del Escapulario puede ser punto crucial en la historia de la conversión de individuos y de comunidades [...]. Quienes llevan el Escapulario expresan que no son autosuficientes, y que necesitan la ayuda divina, que, en este caso, la buscan mediante la intercesión de María.»²⁴

La tradición venerable de la Orden del Carmen nos dice que san Simon Stock, a través del bellissimo canto *Flos Carmeli*, suplicaba la protección de la Virgen sobre la Orden del Carmen. La respuesta a esta súplica es la aparición de la Virgen, llevando en sus benditas manos el Escapulario de la Orden, diciendo estas palabras: «Este será el privilegio para ti y todos los carmelitas; quien muriere con él, no perecerá en el fuego eterno; es decir, el que con él muriere se salvará.»²⁵

La Virgen en esta aparición, que la crítica histórica no permite rechazar como falsa,²⁶ podemos constatar que va más allá de la petición

²³ Web.catolicodejavier.org.

²⁴ Superiores Generales P. Joseph Chalmers, O. Carm y P. Camilo Maccise OCD, con ocasión de los 750 años del Escapulario, Carta Circular *La Virgen María en la vida del Carmelo*. n. 33.

²⁵ Citado por Rafael M^a López- Melús, *El Escapulario del Carmen*, Apostolado Mariano, Sevilla 2000, 53

²⁶ El P. ROSCHINI, ante los estudios realizados en este campo por el P. XIBERTA con rigor histórico, afirmó: «Hemos de reconocer sin embargo, lealmente y con verdadera satisfacción, que la documentación de que hoy disponemos los historiadores respecto a la visión de San Simón Stock no permite rechazarla como falsa. Y esto no es poco» en O.

de san Simón Stock. En la súplica *Flos Carmeli*, le pide a la Virgen: «a los carmelitas da privilegios estrella del mar», es decir su protección sobre la Orden para que esta pudiera subsistir en la Iglesia. La Virgen, además de proteger a la Orden, le da la misión de difundir el santo Escapulario para que colaborara con Ella en hacer fecunda la redención de Cristo.

La difusión del Escapulario será fecundada por la oración y el apostolado de los carmelitas. Estos llevarán a término una labor de catequización sobre el significado del mismo, los reunirán en cofradías, asociaciones. Para ayudarlos a vivir evangélicamente, les alentarán a que vivan un amor filial y confiado en la protección de María. A su vez, con la oración suplicarán a la Virgen que haga fecunda la difusión del santo Escapulario, protegiendo y ayudando al que lo lleve dignamente. María, en su intercesión constante ante su Hijo, alcanzará gracias y dones para sus hijos e hijas, llevándolos a la plenitud de la fe cristiana. Estos, acogiendo plenamente la redención de Cristo, tienen como fruto la salvación eterna, objeto de la promesa del santo Escapulario.

Han sido tan grandes las gracias que han experimentado quienes llevaban y llevan el santo Escapulario del Carmen, en estos más de siete siglos en los cuales la «venerable tradición del Carmelo» sitúa la donación del Santo Escapulario, que ha tenido una divulgación en la Iglesia como posiblemente ningún otro sacramental haya tenido. De modo, como afirmará san Juan Pablo II en la carta que dirige a los generales de la Orden, con ocasión del año Mariano Carmelitano que conmemoraba el 750 aniversario de la entrega del Escapulario: «Este valioso patrimonio mariano del Carmen se ha vuelto, andando el tiempo, mediante la difusión de la devoción al Santo Escapulario, un tesoro para toda la Iglesia. Por su sencillez, por su valor antropológico y por su relación con la función de María para con la Iglesia y la Humanidad, esta devoción ha sido honda y ampliamente acogida por el Pueblo de Dios hasta el punto de hallar su expresión en la memoria del 16 de julio, presente en el Calendario Litúrgico de la Iglesia universal» (n. 5).

Después de unos tres siglos de difusión del Escapulario, en la que, ante todo los carmelitas apostólicamente y las carmelitas con la oración, la Orden ayudaba a María a hacer fecunda la obra de la redención alcanzada por su Hijo, esta misión de la Orden se actualizará a través de santa Teresa de Jesús. Lo que ocurre precisamente en uno de los momentos más críticos de la Iglesia, con la expansión de la reforma protestante y el acecho del islam en el este de Europa.

En este período tan crítico, los carmelitas en Europa redoblaron sus esfuerzos por divulgar el santo Escapulario, de modo que durante el

Gabriel María ROSCHINI, O.S.M. *La Madre de Dios, según la fe y la teología*, Madrid 1955, t. II, 740.

siglo XVI se propagó «como un río que se desbordaba, arrastrando consigo toda suerte de obstáculos, se difundió por todo el orbe como la más excelente devoción del catolicismo que, en unión con el rosario, se oponía al espíritu antimariano, individualista y antieclesiástico del protestantismo».²⁷ Es en este contexto en el que se puede enmarcar la acción difusora del escapulario del P. Rubeo en su visita a España: «El P. General rebosa de alegría por haber distribuido entre los fieles de España y Portugal 200.000 inscripciones a la Cofradía del Santo Escapulario.»²⁸

Doña Teresa de Ahumada fue llamada por la Providencia Divina no a difundir el santo Escapulario, reuniendo a los fieles en cofradías a los que se les imponía, sino en la formación de carmelitas reuniéndolos en conventos de la primera y segunda Orden. Todo ello para continuar enriqueciendo el carisma de la Orden, orando por la salvación eterna de las almas, ayudando así a la Virgen María en su misión de corredentora de la redención de Cristo, en un momento en el cual, como decía Teresa de Ahumada: «Gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan (de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que, por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana» (V 32, 6).

Esta sensibilidad de orar a Dios por la salvación eterna de las almas le viene ante todo después de la espeluznante visión del infierno y el lugar que podría ser el suyo si se resistía a la gracia. A partir de entonces procurará vivir con perfección la Regla de vida que ha prometido vivir para no caer en el infierno, y luchará contra viento y marea para impedir que otras almas vayan allá. Este fue el primer motivo que la movió a fundar el monasterio de san José en Ávila.

La salvación de las almas estará presente siempre en su mente, en su boca y en sus escritos: «Grandísima pena me da las muchas almas que se condenan» (V 32,6). O «Grandísima ansia porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben. Pienso que deben venir de aquí estos deseos tan grandísimos de que se salven las almas y de ser alguna parte para ello y para que este Dios sea alabado como merece» (CC 10,5).

Teresa implorará a Dios con todas las capacidades de su ser la salvación de las almas, testimonio de ello son las *Exclamaciones del alma a Dios*, que nos muestran además su gran sentido de la franqueza o parresía frente a Dios:

²⁷ Citado por Rafael María LÓPEZ- MELÚS, *El Escapulario del Carmen*, o.c., 59.

²⁸ Archivo General de la Orden del Carmen, en Roma, II, 20.1. Citado por Rafael María LÓPEZ- MELÚS, *El Escapulario del Carmen*, o.c., 61.

¡Oh Señor!, confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? [...] Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas. [...] Dadnos, Señor, luz; [...] Ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh, qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia» (Ex 4,2; 8, 2). «¡Oh, qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores; éstos, Señor, son los verdaderos pecadores. No miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros. Resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad; mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia» (Ex 8,3). «¡Oh bien mío, qué presentes teníais las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad a estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas que, aunque no os pidan la vida, se la deis para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus deleites. [...] Mirad, mirad, que os ruega ahora el Juez que os ha de condenar, y que no tenéis un solo momento segura la vida; ¿por qué no queréis vivir para siempre? ¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándeles vuestra inmensa piedad, mi Dios (Ex 10, 2-3).

La salvación de las almas será uno de los dos objetivos prioritarios en la formación de las monjas de san José y por ello de toda carmelita descalza: «Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba con las hermanas hiciesen lo mismo y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia; y a quien trataba con ellas siempre se edificaban. Y en esto embebía mis grandes deseos» (C 1, 6). Instará a sus monjas «de todas las maneras que pudiéramos, lleguemos almas para que se salven (7M 4,12).

Éste será según Teresa de Jesús el servicio prioritario por excelencia de todos los que se pueden ofrecer a Dios: «pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer» (F 1,7).

A santa Teresa del Niño Jesús, a partir de la «gracia de Navidad», el Espíritu Santo le infundirá el carisma del Carmelo. Ella se asocia a la Virgen María al pie de la Cruz, para que unida a Ella sea fecunda la redención de Cristo en las almas: «Un domingo, mirando una estampa

de Nuestro Señor en la Cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo²⁹ sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas... También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: “¡Tengo sed!” Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas [...] de los grandes pecadores; ardía en deseos de arrancarles del fuego eterno...» (Ms A 45v).

Por un don del Espíritu, santa Teresa del Niño Jesús será fiel hasta el fin de sus días en su resolución de estar espiritualmente al pie de la cruz, para ofrecer al Padre eterno, la sangre de su Hijo, a la que unirá sus pequeños sacrificios (Ms B 4v). Al final, ya cristificada por el Espíritu Santo, será ella misma la que ofrecerá al Padre sus sufrimientos físicos y espirituales por la salvación de las almas, por la expansión misionera de la Iglesia, por la santidad de sus ministros.

Podemos constatar a través de santa Teresa de Jesús y de santa Teresa del Niño Jesús cómo se da una actualización de la misión dada por María a la Orden del Carmen, de orar, sacrificarse y trabajar en la salvación eterna de la humanidad, uniéndose a Ella al pie de la Cruz para hacer fecunda la redención de Cristo, quien por obediencia al Padre aceptó la muerte en cruz, para atraer a todos a Sí, «para que todo el que crea en Él tenga vida eterna» (Jn 3,15). Ello tendrá lugar tanto por la difusión del santo Escapulario como por medio de la oración y los sacrificios, o trabajando apostólicamente en este ámbito.

6.3. La contemplación del atributo divino de la Misericordia³⁰

Para poder llevar a término con verdadera fe la misión del Carmelo de ayudar a la Santísima Virgen María en hacer fecunda la redención de su Hijo, realizada ante todo en su pasión y muerte en la cruz, implorando la salvación eterna incluso de grandes pecadores, se hace necesario profundizar en el conocimiento del misterio de Dios que nos revelan las Sagradas Escrituras.

²⁹ Escribirá À. DE LES GAVARRES: «La estampa, hoy universalmente conocida, no muestra que caiga la sangre y menos todavía la tierra empapada de ella. La visión de Teresa así como las palabras de Jesús son visiones y locuciones de una nueva especie. Se distinguen de las tradicionalmente descritas en los manuales de teología mística por su extrema sencillez, por el soporte de orden sensitivo reducido al mínimo, mientras que son portadoras de gracias y más aún, de manantiales de gracias.» Teresa de Lisieux, *verdadera doctora de la Iglesia*, Ed. Esinsa, Barcelona 1997, 46.

³⁰ Redactado el día de la Divina Misericordia de 2015.

Cuando Dios hace conocer su nombre a Moisés, revelando de este modo algo de sí mismo, se revela como misericordioso: «El Señor, el Señor, Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira y lleno de lealtad y fidelidad, que conserva su fidelidad a mil generaciones y perdona la iniquidad, la infidelidad y el pecado, pero que nada deja impune» (Ex 34, 6-7). Y es libre en su actuar: «pues yo hago gracia a quien quiero y tengo misericordia con quien quiero» (Ex 33, 19).

La misericordia es un rasgo esencial del obrar de Dios para con el pueblo de Israel.³¹ La historia del amor de Dios hacia Israel es una historia de misericordia, ya que la relación de Israel con Dios ha sido a menudo de ingratitud y de infidelidad. Es en la dolorosa experiencia del pecado donde se experimenta la dulzura de la misericordia de Dios. De este modo, el misterio de la bondad de Dios se profundiza en misericordia, mediante promesas de salvación, a pesar de su pecado e infidelidad. En ocasiones se le recuerda al pueblo de Israel que Dios tendrá misericordia como lo había prometido a sus padres (Dt 30,3), en otras se implorará a Dios para que ejerza misericordia para con su pueblo, que ha pecado, para que le perdone los pecados y lo bendiga (Nm 14,19).

El pueblo de Israel creará firmemente que «grande es su misericordia» (2S 24,14; Si 2,18), por ello se dirigen confiados a Dios por medio de la oración, tanto individual como colectivamente, para que Dios tenga piedad conforme a su gran misericordia (Ne 13,22). El hombre es invitado a ser misericordioso (Mi 6,8) y a alabar a Dios «porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Dn 3,89). El libro de la sabiduría da razón de la misericordia de Dios: «Tienes misericordia de todos porque todo lo puedes, y pasas por alto los pecados de los hombres para llevarlos al arrepentimiento» (Sb 11,23).

En el Nuevo Testamento, se proclama solemnemente en el Magníficat: «Su misericordia alcanza de generación en generación para todos sus fieles» (Lc 1, 50). Con el nacimiento del Mesías, El Señor «ha socorrido a su siervo Israel, acordándose de su misericordia» (Lc 1,54).

La reflexión de los teólogos nos puede ayudar a comprender algo de la insondable misericordia de Dios. Ésta es la que nos ofrece Roberto Moretti:

«Habitualmente en el lenguaje religioso, incluso en el teológico, la perfección divina de la Misericordia está referida al perdón de la culpa. El pecado, como ya sabemos, es una ofensa causada a

³¹ La mitad de los libros, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, nos hablan de la misericordia de Dios. En la *Biblia Pastoral* en versión española, de la editorial Verbo Divino, la palabra misericordia aparece en 140 ocasiones. En 24 libros del Antiguo Testamento y 15 libros del Nuevo Testamento.

Dios. Como tal merece el castigo, para que se restablezca el orden injustamente violado.

La Misericordia de Dios es el aspecto del amor y de la bondad que le lleva a perdonar, olvidar la culpa y el pecado, y retornar al hombre la amistad rota, recrear la filiación renegada y despreciada.

Si se considera la gravedad de las ofensas hechas a Dios por el pecado de parte de la criatura [...], especialmente si se piensa en el cúmulo inmenso de pecados de todos los hombres, agravados por la malicia, la arrogancia, la rebeldía, el desprecio, la ingratitud etc., la Misericordia, que anula y destruye toda esta monstruosidad, constituye una manifestación de la incomparable potencia y magnificencia de la bondad de Dios. De aquí las alabanzas y el estupor que la Sagrada Escritura y los santos elevan a la Misericordia del Señor.»³²

San Juan de la Cruz, desde su condición de teólogo y de místico, en sus escritos nos dice: «Dios, en su único y simple ser, es todas las virtudes y grandezas de sus atributos: porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte, es amoroso, etc., y otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos» (LI B 3,2). Dios es, pues, misericordioso. Y conforme a su ser así actúa, y así lo percibe y lo «siente» el hombre, «siendo misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia, piedad y clemencia» (LI B 3,6). Y es que el Dios misericordioso busca hacernos sentir, experimentar, su misericordia. Lo que es atributo del ser de Dios se convierte en experiencia teologal del hombre: «siendo él misericordioso, sientes que te ama con misericordia» (LI A 3,6). Por ello conocer la propia miseria no ha de llevarnos a replegarnos sobre nosotros mismos. Al contrario, la propia miseria es el espacio humano para descubrir y abandonarse confiadamente a la obra renovadora del amor gratuito y desbordante de Dios en nosotros.

Las canciones 32 y 33 del *Cántico Espiritual* «son una expresión rebotante de gratitud por parte del alma que, absolutamente indigna de la mirada y del amor de Dios por la negrura y fealdad de su pecado (CB 33,2), se descubre mirada-amada por Dios de un modo totalmente gratuito, y experimenta cómo esa mirada de amor restaura su dignidad perdida (VB 33,7), la llena de gracia y hermosura y la hace, por puro don, “digna y capaz” (CB 32, 5), “merecedora” de complacencia y amor divinos (CB 32, 7-8)».³³

³² R. MORETTI, *Dio amore misericordioso. Esperienza, dotrina, messaggio di Teresa di Lisieux*, L.E. Vaticana, Città del Vaticano 1996, 29.

³³ Alfonso BALDEÓN, «Misericordia», en Eulogio PACHO (Dir.) *Diccionario de san Juan de la Cruz*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2000, 963-964.

Esto que describe san Juan de la Cruz es lo que experimentará la madre Teresa de Jesús en su vida. Ella dirá: «De la misericordia del Señor jamás desconfié» (V 9, 7), a pesar de que en los primeros años de su vida religiosa no fue fiel a su consagración total a Dios realizada en su profesión religiosa. Los pasatiempos de buenas conversaciones de locutorio le hicieron un daño profundo. Intentaba sentar a la misma mesa a los dos contrarios, Dios y las criaturas (V 7,17), con el paradójico resultado de no gozar de ninguno. Dios no comparte con nadie el amor del hombre. No se sienta a la mesa con otros invitados. Se esconde entonces, haciendo, a la vez amargos los demás amores.

Teresa constatará en su vida a un Dios «ganoso» de ganarla, de tornarla a sí. A partir de su experiencia ella podrá decir a los demás: «Fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer y no se acuerda de nuestras ingratitudes...» (V 19,17). Dios permanece siempre fiel a sí mismo. Él nunca se cansa de dar ni agota sus misericordias. Ese Dios que le castiga con mercedes (V 7,18) entablando con ella una curiosa lucha de ofensa-perdón (V 19,17), de la que Él sale siempre victorioso, es amor misericordioso.

Tuvo que llegar Teresa a una experiencia extrema de pobreza para entrar definitivamente por el camino del amor. Deponer su actitud de autosuficiencia y confiarse al Señor. No esperar nada de sí. Esperar todo de Dios. Echarse a los pies de Cristo para confesar su humilde sumisión, para «dejarse del todo a lo que Él hace» (V 6,4). Ora Teresa a los pies del Cristo muy llagado «que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba». Es en este momento de extrema pobreza e impotencia donde se sitúa la intervención fulgurante y renovada de Dios que conmina a Teresa con la fuerza del amor: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles» (V 22,5). Sus infructuosos esfuerzos anteriores y la eficaz acción de Dios ahora, reflexionando, la llevará a decir: «Debía aguardar a que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo misma lo había procurado... Ya aquí el Señor me dio libertad y fuerza para ponerlo por obra» (V 22,7). «Sea el Señor bendito por siempre, que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo» (V 22,8).

Más tarde, el Señor le quiso hacer ver a donde le hubiera llevado su infidelidad a las exigencias inherentes a su profesión religiosa: «Quiso el Señor yo viese..., de dónde me había librado su misericordia» (V 32, 3), su vida se convertirá en un canto constante a la misericordia de Dios: «Muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias» (V 4, 3); «Muchas veces he pensado espantada de la..., gran magnificencia y misericordia de Dios» (V 4,10); «Veo claro la gran

misericordia que el Señor hizo conmigo» (V 8, 2); «Para lo que he tanto contado *mis caídas*, es..., para que se vea la misericordia de Dios» (V 8, 4). «Mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar! Suplícoos yo, Dios mío, sea así y las cante yo sin fin» (V 14, 10).

Impresionada por la gran misericordia de Dios en su vida, reflexiona sobre este atributo divino: «Se le representa..., la misericordia de Dios con gran verdad (V 19, 2). «Basta ya para ver sus grandes misericordias..., que ha perdonado tanta ingratitud» (V 14,10). «Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias» (V 10,15). «Amar una bondad tan buena y una misericordia tan sin tasa» (M I, 1, 3). «Bien sabe Su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia» (M III. 1, 3) «Es grande la misericordia de Dios» (M V. 2, 10). «Cuán sin tasa es su misericordia» (M V. 4, 10). «¿Quién acabará de contar sus misericordias?... Su Majestad sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias» (M VII, 1, 1). «Nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia» (E 4, 2). «Válgame la misericordia de Dios, en quien yo he confiado siempre» (F 28, 35). «Sólo confío en su misericordia» (MVC 1).

Alentará a los demás a confiar en la gran misericordia de Dios, ante todo en los momentos de tribulación: «Ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios» (M VI, 1, 10). «Resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad... Válganos vuestra bondad y misericordia (E 8. 3). «La misericordia de Dios nunca falta a los que en él esperan» (M VI 1,13). «Confíen en la misericordia de Dios, y nonada en sí» (M II 1, 9).

La fe firme que Dios es en esencia misericordioso sostendrá al beato Francisco Palau en la ardua tarea de alcanzar de Dios el perdón de los pecados colectivos de los hijos de la Iglesia en España y Universal. El recordará que, para interceder ante Dios por un pueblo pecador que ha abusado de sus misericordias, debe tener en cuenta los dos atributos de Dios, justicia y misericordia: «A Dios lo hemos de mirar [...] como nos lo pinta la fe. Dios es justo, es severo; pero también sus misericordias son infinitas y sobrepujan a todas sus obras. Se ha de ir con tino en no separar estos dos atributos de Dios. Si se habla de justicia, se ha de hablar también de misericordia. Si con un ojo mira el alma la justicia de Dios, con el otro debe mirar su misericordia. El que no está bien instruido en las dos cosas está expuesto a caer en presunción o en desesperación» (Lu II, 38).

Pasó una decena de años de su vida viviendo en ermitas y cuevas; su único objetivo era reconocer con humildad los pecados de los hijos de la Iglesia, ofreciendo en reparación por los mismos el valor infinito de la redención de Cristo, para alcanzar de Dios su misericordia. De modo

que los impíos que perseguían con saña a la Iglesia desde todos los resortes del poder se convirtieran en verdaderos católicos, y dieran más gloria a Dios que la que le habían quitado en tiempos de su impiedad.

El beato Francisco Palau luchó arduamente con la justicia de Dios para que se convirtiera en misericordia. Pocos años más tarde, a santa Teresa del Niño Jesús, que fue engendrada en el seno de su madre precisamente cuando él entró en la eternidad, le será concedido el don de contemplar ante todo la misericordia divina.

Teresa del Niño Jesús quedó profundamente afectada por el Dios justiciero propio del jansenismo que impregnaba la vida escolar de la abadía benedictina donde estudió. Poder creer existencialmente en el Dios que se revela al pueblo de Israel, en el cual un rasgo esencial es la misericordia, será un arduo camino que ella recorrerá asistida por el Espíritu Santo. Luego descubrirá no solo que Dios es esencialmente misericordioso, sino que esta es la perfección divina que deberá honrar de forma particular, meditándola, viviéndola y dando testimonio de ella.

Ella experimentará en su vida algo distinto de lo que había aprendido en el Catecismo de la diócesis de Bayeux donde estudió la fe católica. No solo Dios puede ejercer misericordia perdonando los pecados de quien se arrepiente, sino que descubre en Dios una misericordia mayor: «A mí Jesús me ha perdonado mucho más que a santa María Magdalena, pues me ha perdonado por adelantado, impidiéndome caer» (Ms A 38v). En tal modo ve en su vida el amor providente de Dios, que dirá: «Si mi corazón no se hubiese elevado hacia Dios desde su primer despertar, si el mundo me hubiese sonreído desde mi entrada en la vida, ¿qué habría sido de mí...? ¡Madre querida, con cuánta gratitud canto las misericordias del Señor...!» (Ms A 40 r).

El otro descubrimiento es la gratuidad del amor misericordioso de Dios: «Reconoce que en ella no había nada capaz de atraer sus miradas divinas, y que sólo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella...» (Ms A 3v). Teresa es consciente de que Dios ha obrado misericordia, porque es en esencia misericordia. «Tu amor me ha acompañado desde la infancia, ha ido creciendo conmigo, y ahora es un abismo cuyas profundidades no puedo sondear» (Ms C 35r). Por ello solo puede decir: «¡Qué grande es su misericordia! Sólo podré cantarla en el cielo, [pero] trato de empezar a cantar [...] aquí en la tierra esa misericordia infinita» (Ms C 27r-v). Esto es lo que se propondrá al iniciar la redacción del Manuscrito A, «comenzar a cantar lo que un día repetiré por toda la eternidad: “¡¡¡Las misericordias del Señor!!!...”» (Ms A 2r). A partir de entonces su canto a la misericordia de Dios va *in crescendo*. Teresa no podrá dejar de reconocer al final de su vida: «Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias» (Ms C

3v). Así lo hará en cada uno de sus escritos, que finalizan con un canto a la misericordia de Dios.

Manuscrito A: «¿Cómo acabará esta “historia de una florecita blanca”...? ¿Será tal vez cortada en plena lozanía, o quizás trasplantada a otras riberas...? No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que la misericordia de Dios la acompañará siempre» (Ms A 84v).

Manuscrito B: «Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita» (Ms B 5v).

Manuscrito C: «Sí, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesús, pues sé cómo ama al hijo pródigo que vuelve a Él» (Ms C 36v-37r).

Cartas: «Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí... ¡Yo lo amo...! ¡Pues Él es sólo amor y misericordia!» (Cta. 266).³⁴

Recreaciones piadosas: Le dirá la Santísima Virgen a Susana: «Ten confianza en la misericordia infinita de Dios, es tan grande que puede borrar hasta los mayores crímenes cuando encuentra un corazón de madre que pone en ella toda su confianza» (RP 6, 10r).

Últimas conversaciones: «Podría creerse que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado. Madre mía, di muy claro que, aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida» (CA 11.7.6).

Teresa del Niño Jesús reconocerá que, de las diversas perfecciones divinas que las criaturas pueden honrar, Dios «a mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de amor...» (Ms A 83v).

No solo contemplará, adorará, sino que se ofrendará al Amor Misericordioso, y de la abundancia del corazón hablará la boca, de modo que a través de sus escritos, de su testimonio y de su poder intercesor ante Dios misericordioso, Teresa ayudará a la Iglesia a recordar algo que parecía que había olvidado, bajo el influjo de siglos de jansenismo: «La misericordia no es una cualidad más de que se reviste el amor de Dios,

³⁴ Es la última dedicatoria que realizará a lápiz, en el reverso de una estampa y que dirige al abate Bellière.

sino que es “entraña”, el “corazón” mismo de nuestro Dios.»³⁵ Dios es en esencia misericordioso. El mensaje de Teresa es el mensaje evangélico: «Dios es amor» (1Jn 4,7).

Reconocer la misericordia divina en la propia vida, tanto por habernos rescatado del pecado como por habernos prevenido de caer en él. Reconocerla también en la vida de las demás personas, en la historia del pueblo de Israel, de la Iglesia o de la propia nación, es una ayuda grande para fortalecernos en la fe e interceder ante Dios sin desmayo, hasta que experimentemos su gran misericordia.

Al final del libro de *Mis Relaciones*, el beato Francisco Palau nos dice: «Para que la imagen viva de Dios fuese perfectamente representada, comunica a los escogidos sus infinitas perfecciones. No siendo una sola criatura capaz de representarlas todas, crió muchas. Las perfecciones y atributos de Dios comunicadas a toda la congregación de los santos del cielo y justos de la tierra, que es la Iglesia, forman en ellos la imagen viva de Dios trino y uno» (M Rel 21,31).

Pensamiento semejante está en los escritos de santa Teresa del Niño Jesús: «Comprendo, sin embargo, que no todas las almas se parezcan; tiene que haberlas de diferentes familias, para honrar de manera especial cada una de las perfecciones divinas» (Ms A 83v).

A la luz del carisma que el Espíritu Santo ha derramado en el Carmelo, que es en esencia hacer vida la oración intercesora de Jesús al Padre, por la salvación eterna de los hombres. Considerando cómo ha fructificado en los grandes santos del Carmelo el carisma, creemos que el atributo que Dios ha querido conceder a la familia del Carmelo, para que lo contemplemos, alabemos a Dios Trinidad por él, y dejemos que el Espíritu Santo lo plasme en nosotros, es el atributo de la misericordia divina.

6.4. La Reforma Teresiana y la oración por los sacerdotes

Nos preguntamos aquí por la imposibilidad de que, en tiempos de santa Catalina de Siena, se llevara a cabo la promesa del Padre, de hacer misericordia a la Iglesia, a través de santos ministros, cuando ella no dejaba de dirigir a Dios Padre ardientes oraciones como esta:

«Escucha la voz con que clamamos a ti. Si te pido por todo el mundo, lo hago especialmente por tu vicario, y por sus columnas [cardenales], y por todos los que has querido que yo ame con amor singular. Aunque esté enferma, aunque sea imperfecta, quiero verlos

³⁵ M. J. MUÑOZ MAYOR, «El Amor Misericordioso en Teresa de Lisieux», en *Vida Sobrenatural* 541 (1989) 35.

sanos y perfectos, y, aunque esté muerta, quiero verlos vivos por la gracia [...]. No tardes, Padre benignísimo; vuelve hacia el mundo los ojos de tu misericordia. Serás más glorificado dándoles luz que si permanecen en la ceguera y tinieblas del pecado mortal [...] quiero que tu vicario sea “otro tú”, porque necesita de luz más que los otros, ya que debe alumbrar a los demás. Danos, benignísimo y piadoso Padre, tu dulce y eterna bendición. Amén» (Oración 20).

Una respuesta a esta cuestión, la podríamos hallar en que es necesario que haya muchos que eleven a Dios este mismo clamor, para que sea escuchado benignamente. Catalina era consciente, por ello había intentado conseguir del Papa Urbano VI la fundación de un monasterio en Roma, en el que los servidores de Dios clamaran en la presencia del Señor por el bien de la Iglesia.³⁶ Pero no lo consiguió. Ello será realidad dos siglos más tarde, con la fundación del Carmelo Descalzo, que el Espíritu Santo suscitará en la Iglesia. Este tendrá como misión principal orar por los sacerdotes.

Por ello la misión que Dios le dará a Teresa de Jesús no es solo orar, con todo su ser, por el bien de la Iglesia, sino también formar mujeres orantes y liberarlas de todo aquello que pueda impedirles la realización de este servicio eclesial. Por ello escribirá libros de alta sabiduría mística, bajo la inspiración del Espíritu Santo, para ayudar a sus monjas en este servicio eclesial de primera magnitud, ya que, para poder hacer frente a los males de la Iglesia de su tiempo, era esencial en primer lugar la reforma del clero, ya que reformándose este se reformaría toda la Iglesia. Alcanzar de Dios la santidad del sacerdote (presbítero u obispo) y la fecundidad de su labor apostólica constituirá el objetivo primordial de la oración de Teresa y de sus monjas, ya que la eficacia apostólica está vinculada a la santidad personal, porque, sin santidad interior, quedará diezmada la eficacia de la acción evangelizadora.

Consciente de que Dios lo puede todo, no dejará de decir a sus monjas: «¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos al poderoso?» (C 42,4). Por ello no tratará «con Dios negocios de poca importancia» (C 1,5). Santa Teresa de Jesús no les dejará de recordar a sus monjas: «Cuando vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor» (C 3,10).³⁷ De este modo hace de la

³⁶ Cf. José Salvador CONDE, *Epistolario de santa Catalina de Siena, Espíritu y Doctrina*, Ed. San Esteban, Salamanca 1982, 143.

³⁷ Escribirá FRANCISCO de RIBERA, protobiógrafo de santa Teresa: «Todas las religiosas de esta orden deben tener siempre estampada en su alma, y es, que por más asperezas que hagan y por más que oren y canten y hagan todo lo que unas muy buenas y perfectas monjas deben hacer, no han cumplido con su llamamiento, ni con lo que Dios quiere de ellas, si no

intercesión por los sacerdotes algo institucional, la principal misión de sus hijas, las carmelitas descalzas, y esta misión la deja plasmada en *Camino de Perfección* con rasgos fuertes e indelebiles: «Todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden» (C 1, 2). Esta convicción íntima le procederá de la oración: «Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser más buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente» (V 38,23).

Santa Teresa instará a sus monjas a orar constantemente por los Obispos, les dirá: «Teniendo santo prelado lo serán las súbditas» (C 3,10), es decir si son santos los obispos, así lo podrán ser sus diocesanos. Y «como cosa tan importante la poned siempre delante del Señor» (C 3,10).

La oración por el obispo o prelado como ella lo llama, ya desde el inicio de la Descalcez considera que no se debe limitar al obispo diocesano al que pertenece el monasterio. Ha de dirigirse a favor del episcopado de la Iglesia universal, y de un modo particular por el Santo Padre. Ya que él es el «capitán» por excelencia de la Iglesia.

Las palabras de Teresa en *Camino de Perfección* cobran todo su sentido en primer lugar en la persona del obispo, ya que es el capitán, el letrado y predicador por antonomasia de la Iglesia particular: «Todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden» (C 1,2) para que Dios «los haga muy aventajados en el camino del Señor [...], vayan muy adelante en su perfección y llamamiento» (C 3, 2). Y «los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor; que más hará uno perfecto que muchos que no lo estén [...], los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo» (C 3,5).

Teresa atribuye al sacerdote responsabilidades especiales de ejemplaridad y liderazgo. Ellos son los capitanes de la Iglesia, «¡Buenos quedarían los soldados sin capitanes!» (C 3, 4). Le dolía en el alma que, por los luteranos, estuvieran deshechas «tantas iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los sacramentos» (C 35,3). Será consciente de la poca santidad de algunos, pero ella no se escandalizará, ni murmurará, sino que orará ardientemente por su conversión y pedirá a sus monjas que oren por ellos, incluso se ofrecerá a Dios para vivir ella sus

tienen particular cuidado de enderezar sus oraciones y ayunos y asperezas que habemos dicho, á ayudar á los que andan en el campo sudando y peleando por la gloria de Dios Nuestro Señor y por la defensión y acrecentamiento de su santa Iglesia, y en fin, por todos aquellos que particularmente procuran la salvación de las almas. Así que, lo que á las otras monjas bastaría, á ellas no basta, y con lo que otras serían perfectas, ellas no lo serán enteramente, porque faltarían de lo que en su llamamiento y religión es lo principal». *Vida de santa Teresa de Jesús*, Gustavo Gili ed. Barcelona ³1908, 184.

tentaciones, con tal que el sacerdote esté libre de ellas (V 31,8), y pueda servir con paz en su ministerio de cura de almas.

Ella misma relatará de forma autobiográfica su deseo de que los sacerdotes fueran santos: «Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí, que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan y que en nada de lo de acá se detengan –como veo es todo burla–, en especial letrados; que, como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarlos a Dios; porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza» (CC 3,7).

El sacerdote ideal en la mente de Teresa, y por el que orará y se sacrificará para que así sea, debe tener buen entendimiento, experiencia de Dios, letras humildes y virtuosas, ser afable, con verdadero celo por la salvación de las almas, y apóstol ardoroso de la Palabra de Dios y, si ejerce tareas de gobierno, lo haga con suavidad y discreción. Ello sólo podrá ser realidad si el sacerdote ayudado por las oraciones de la comunidad eclesial, colabora con el Espíritu Santo para que haga fructificar en él al máximo el Sacramento del Orden que la Iglesia le ha conferido, dejándose en tal modo cristificar por el Espíritu Santo que sea Cristo en él el Pastor que cuida de la porción de la Iglesia a él encomendada.

Sus oraciones serán aceptas a Dios, de modo que el mismo Señor le dirá: «Pues era su esposa, que le pidiese, que me prometía que todo me lo concedería cuanto yo le pidiese» (CC 38). «¿Qué me pides tú que no haga yo, hija mía?» (CC 59, 2). Teresa suplicaba: «Favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor. Dad ya luz a estas tinieblas» (C 3, 9).

En los años posteriores a las ardientes peticiones de Teresa, los decretos del Concilio de Trento no se convertirán en letra muerta. Gracias a los papas reformadores y a los obispos que irán aplicando los decretos del Concilio, habrá una mejora del clero secular; las órdenes religiosas se irán reformando y surgirán otras nuevas, como los jesuitas, que, con gran impulso, se implicarán en la recatolización de las regiones que habían caído bajo la influencia de la reforma protestante y en la expansión del catolicismo por tierras de Asia, África y América.

San Juan de la Cruz (1542-1591) colaborará desde el inicio en la Reforma de Teresa de Jesús. Como confesor de monjas, se dedicará abnegadamente a la formación de mujeres orantes. Las ayudará a caminar hacia la unión con el Señor con fe viva, ardiente esperanza y puro amor. De modo que sea Cristo en ellas el que interceda al Padre por la santidad de los ministros de su Iglesia. Cuando ello se da, se hacen realidad sus palabras: «Porque es más precioso delante de Dios y

del alma un poquito de este puro amor y más provecho hacer a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas estas obras juntas.»³⁸ Ejemplo de ello es la oración que santa Teresa de Lisieux ofreció a Dios por los sacerdotes. Después de su entrada en la eternidad, Jesús no solo le dará legiones de almas sencillas, sino también una legión de ministros ordenados. Podemos decir que a lo largo de más de cien años, santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz ha sido decisiva en la vocación, en la espiritualidad..., de innumerables sacerdotes, misioneros, hasta los mismos papas. Para con todos ellos, ha significado Teresa un verdadero regalo de Dios que ha hecho despertar en ellos las más hermosas notas del Evangelio.

El teresianista Baldomero Jiménez Duque, gran conocedor de la espiritualidad cristiana, dirá acerca del orar por los sacerdotes como algo institucional: «Es el primer ejemplo que se da de ello en la historia de la Iglesia. [...] Santa Teresa [es] la primera que formuló, como misión peculiar de una institución religiosa [...] pedir por los sacerdotes... [este] fue el gran encargo que dejó a sus hijas. El gran medio para salvar almas y para aumentar la Iglesia, puesto que de tener suficientes y santos sacerdotes depende en grandísima parte todo lo demás.»³⁹

Jesús Castellano también insistirá en la originalidad de la aportación teresiana a la vida de la Iglesia: Teresa «crea una nueva forma de vida evangélica: la contemplación al servicio de la Iglesia. Se trata, sin duda, de una intuición original de la Santa y una realización singular en el campo de la vida religiosa; hasta aquí se había insistido en el valor de la vida contemplativa en sí misma; Teresa, por su propia experiencia, da sentido apostólico a la contemplación y la abre a la comunión con toda la Iglesia. Es la intuición recogida ya en forma oficial por los documentos de la Iglesia.»⁴⁰

Así será contemplado en *Perfectae Caritatis*: «En efecto, ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al Pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad y le edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con una misteriosa fecundidad. De esta manera son gala de la Iglesia y manantial para ella de gracias celestiales» (n.7).

La luz que el Padre eterno dará a santa Catalina de Siena, expuesta en *El Diálogo*,⁴¹ para que ore con conocimiento de causa por los sacerdotes pecadores, es de una extraordinaria ayuda para las

³⁸ *Cántico Espiritual B*, canción 29,2.

³⁹ Baldomero JIMÉNEZ DUQUE, «El sacerdote según Santa Teresa», *Revista de Espiritualidad* 22 (1963) 813-833.

⁴⁰ Jesús CASTELLANO, «Espiritualidad Teresiana», en Alberto BARRIENTOS, *Introducción a la lectura de santa Teresa*, Ed. De Espiritualidad, Madrid 2002, 191.

⁴¹ Ante todo del libro *El Diálogo*, «El Cuerpo Místico de la Iglesia», n. 110-134. En muchas cartas de Catalina de Siena hay profunda doctrina sobre la intercesión por los sacerdotes.

carmelitas descalzas, para cumplir del mejor modo posible la consigna que han recibido de su santa madre Teresa: «Todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden» (C 1,2). Y ello, porque, en *El Diálogo* de santa Catalina de Siena, encontramos uno de los mejores legados doctrinales acerca de cómo orar constantemente por los sacerdotes.

6.5. Pacificadora de Europa

La Virgen María es invocada por la Iglesia como Reina de la paz. La correspondencia de Teresa de Jesús a la acción del Espíritu Santo, hará que pueda ser una gran colaboradora de la Virgen en la causa de la paz.

El contexto en el cual surgirá la reforma teresiana es uno de los momentos más críticos de la Iglesia católica en toda su historia. La reforma de Lutero se había extendido por toda la Europa germánica, se había consolidado en Alemania; Inglaterra, con el cisma, se había separado de Roma; en Francia, los hugonotes estaban a punto de hacerse con ella. Si el calvinismo lograba este fin, la Iglesia católica quedaba reducida a las dos penínsulas del sur de Europa y en España empezaban a existir núcleos de luteranos. En el Este europeo existía la amenaza turca, que pretendía de nuevo hacer avanzar la media luna por tierras de Europa.

Felipe II con sus ejércitos pretendía hacer frente al avance de la reforma protestante en los diversos países del centro de Europa, pero no lo conseguía. De ello se hace eco Teresa de Jesús en *Camino de Perfección*: «Viendo tan grandes males que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego de estos herejes, con que se ha pretendido hacer gente para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal y que va tan adelante» (C 3,1). Los ejércitos de Felipe II no solo no detienen el avance protestante, sino que agravan la situación. Por ello dirá Teresa de Jesús: «Nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar» (C 3,2).

Ante esta situación, no sin luz del Espíritu Santo, su respuesta será: «Procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora al Señor [...]. Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios: la una, que haya muchos, de los muy muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho, y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor; que más hará uno perfecto que muchos que no lo

estén. La otra, que después de puestos en esta pelea, que –como digo– no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo y tapar los oídos, en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por Él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón» (C 3, 2.5).

Mientras los jesuitas guiaban su espíritu como confesores, Teresa con sus oraciones fecundará la ardua recatolización de Alemania, Austria, Polonia..., llevada a cabo principalmente por los jesuitas, ante todo por medio de los centros de estudios, de las universidades, que eran de tal calidad que incluso los protestantes llevaban allí a sus hijos.

Con razón decía santa Teresa: «Más hará uno perfecto que muchos que no lo estén» (C 3, 5). Este sin duda fue san Pedro Canisius, contemporáneo de ella y por ello beneficiario directo de sus oraciones. Este se propuso detener el avance de la reforma protestante, oponer a ella un movimiento de verdadera y saludable reforma religiosa en el seno de la Iglesia católica. Para desterrar la ignorancia y sostener el espíritu vacilante de los católicos, publicó un Catecismo, donde estuviera expuesto el dogma y la moral católica de forma concisa y ordenada. Las ediciones se agotaron con tal rapidez que en un siglo aparecieron cerca de quinientas en todas las lenguas de Europa. Además de publicista fue profesor de universidades, predicador, misionero, consejero regio, maestro universitario, teólogo de los Concilios, organizador de la Compañía en su país, consejero y director de príncipes, nuncio de los Papas. Por su múltiple labor apostólica, el catolicismo se mantuvo y refloreó en las regiones por él evangelizadas. El descenso de la expansión protestante coincide con el principio de su apostolado. No fue, ciertamente, el único que trabajó en la recatolización del centro de Europa, pero sí fue el más celoso promotor y, no sin justicia, se le ha podido llamar el segundo apóstol de Alemania.⁴²

A siglos de distancia, la opción de Teresa de Jesús de orar por los teólogos, por los predicadores, por los obispos, sabemos que dio mayores frutos que los ejércitos de Felipe II en la defensa de la fe católica. El historiador alemán Ludwig von Pastor lo confirmará: «La reforma de los carmelitas españoles, hecha por Santa Teresa de Jesús, fue más importante para robustecer a la Iglesia en los reinos de Felipe II que la inquisición española, de la cual se abusó no pocas veces para fines políticos.»⁴³ La Santa tenía razón cuando consideró que «podía ser

⁴² Cf. Justo PÉREZ DE URBEL, *Año Cristiano*. Madrid, BAC, 1951.

⁴³ *Historia de los papas desde fines de la edad media*, Ed. española, XIX, Barcelona, 1935, 53. Citado por Daniel DE PABLO MAROTO, «Santa Teresa y el protestantismo español», en AAVV, *Perfil histórico de santa Teresa*, Madrid, Ed. de Espiritualidad, 1981, 119-151 (137).

más eficaz la batalla de grupos reducidos de mujeres orantes que los gigantescos ejércitos armados e ideológicos de Felipe II.»⁴⁴

De ello también dará testimonio santa Teresa Benedicta de la Cruz. Ella percibió la fuerza de la oración de Teresa de Jesús y de sus monjas: «Sólo Dios sabe de cuán gran ayuda fueron las oraciones de Santa Teresa y de sus hijas para evitar el cisma de la fe en España, y qué poder increíble desarrolló esa oración en las luchas de fe en Francia, Holanda y Alemania.»⁴⁵

Podemos decir con verdad que las oraciones de Teresa de Jesús fueron de gran importancia para alcanzar de Dios la pacificación de Europa ensangrentada durante decenios por las guerras de religión, para detener el avance del protestantismo y afianzar la fe católica. El testimonio de la acción de Dios en ella, y la descripción de la misma a través de su obra escrita, es uno de los mayores servicios que Teresa ha hecho a la comunidad eclesial, porque ayudará a fortalecer a la Iglesia en la propia fe. Dirán de ella grandes conocedores de la historia de la Teología: «Tal vez en toda la historia de la Iglesia no se recuerde después de San Irineo, figura de más perfecto catolicismo que la de Teresa de Jesús. Lea sus obras quien quiera conocer el espíritu verdadero del catolicismo.»⁴⁶

6.6. Orante y mediadora en el arte de evitar la guerra

En una sociedad violenta como la del siglo XVI, con gran facilidad se recurría a la guerra para arreglar asuntos diplomáticos. Cuando existía peligro de que estallara una guerra entre España y Portugal, desde el claustro Teresa de Jesús hizo lo posible para impedirlo. Además de orar, escribió a Don Teutonio de Braganza, quien podía tener influencia sobre su sobrino el Duque de Braganza, parte principal en el litigio.

En la carta, se puede percibir la profunda angustia de Teresa ante una posible guerra, y el compromiso personal de mediadora que asume por la paz entre los cristianos.

«Vuestra señoría me manda hacer saber si hay allá alguna nueva de paz, que me tiene harto afligida lo que por acá oigo, como a vuestra señoría escribo; porque si por mis pecados este negocio se lleva por guerra, temo grandísimo mal en este reino, y a éste no

⁴⁴ Teófanos EGIDO, «Santa Teresa y su circunstancia histórica», en AAVV, *Teresa de Jesús. Mujer, Cristiana, Maestra*, Madrid, Ed. de Espiritualidad 1982, 9- 27 (20).

⁴⁵ Edith STEIN, *Los caminos del silencio interior*, Madrid, Ed. de Espiritualidad 1988, 80.

⁴⁶ *Christus*, IV, Barcelona 1929, p. 1063. Citado por Ismael Bengoechea, *Las gentes y Teresa*, Madrid, Ed. de Espiritualidad 1982, 105

puede dejar de venir gran daño [...] Por amor de nuestro Señor, procure concierto [...] y se tengan delante los grandes daños que se pueden venir [...] y mire vuestra señoría por la honra de Dios, como creo lo hará sin tener respeto a otra cosa. Plega a su Majestad ponga en ello sus manos, como todas se lo suplicamos, que lo siento tan tiernamente, que deseo la muerte si ha de permitir Dios que venga tanto mal, por no lo ver [...] El Señor dé luz para que se entienda la verdad sin tantas muertes como ha de haber si se pone a riesgo; y en tiempo que hay tan pocos cristianos, que se acaben unos a otros es gran desventura. [...] Todas estas hermanas [...] tienen cuidado de encomendar a vuestra señoría a Dios.»⁴⁷

Santa Teresa consideraba que era un deber el orar por el rey, que tenía en sus manos los destinos de la nación. Como también cuando la paz estuviera amenazada, para que esta fuera una realidad durable.

Consciente de que Dios lo puede todo, no dejará de decir a sus monjas: «¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos al poderoso?» (C 42,4). Por ello no tratará «con Dios negocios de poca importancia» (C 1,5). Sus súplicas, hechas muchas veces con lágrimas, serán para pedir a Dios por las grandes necesidades de la Iglesia, en aquel momento crítico en «que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego de estos herejes» (C1, 3). Sus oraciones eran aceptas a Dios, de modo que el mismo Señor le dirá: «Pues era su esposa, que le pidiese, que me prometía que todo me lo concedería cuanto yo le pidiese» (CC 38). «¿Qué me pides tú que no haga yo, hija mía?» (CC 59, 2). Por ello sus oraciones pudieron influir ante Dios para que la guerra entre Portugal y Castilla no estallara.

Teresa nos enseña la necesidad de orar por los gobernantes a todos los niveles, ya que en sus manos están decisiones que pueden afectar decididamente la vida de la Iglesia y de los hombres, tanto para construir como para destruir el Reino de Dios ya edificado. Su testimonio nos alienta a interceder ante Dios por los políticos, gobernantes, legisladores..., para que Dios les dé luz, fortaleza, sabiduría para organizar de tal modo la vida social que todos puedan tener acceso a lo necesario para vivir con dignidad, erradicar todo aquello que atenta contra la vida y la dignidad del ser humano, que la Iglesia tenga libertad para evangelizar, que los conflictos se solucionen por caminos de paz...

Podemos decir que le es totalmente pertinente a Santa Teresa de Jesús la bendición del Sermón de la Montaña: «Felices los que trabajan en favor de la paz, porque Dios los llamará hijos suyos» (Mt 5,9).

⁴⁷ Carta (284) a Don Teutonio de Braganza, 22-7-1579, n. 3-7.

6.7. Orante por las Iglesias y los católicos perseguidos

A la Virgen María secularmente la Iglesia la ha invocado como «Auxilio de los cristianos perseguidos». Cada día millones de personas la invocan con este título en las letanías del Santo Rosario. En esta causa, también Teresa de Jesús le podrá ofrecer una gran ayuda a la Reina de la paz.

A medida que Doña Teresa de Ahumada se dejará transformar por Cristo, dejará de pensar en sí misma y acogerá los anhelos y preocupaciones de Jesús. De este modo, progresivamente se irá sensibilizando por los estragos que hacen en Europa las herejías. Tiene 45 años, cuando en la primera Cuenta de conciencia hace mención de su preocupación por las herejías, estas le afligen y considera que es lo único que debería ser objeto de preocupación (CC 1,26). Esta conciencia se agudiza cuando se recrudecen las luchas de religión en Francia, en marzo de 1562, tras la masacre de Vassy. Las noticias han podido llegar pronto a Teresa, que en aquel momento se encuentra en Toledo, con Doña Luisa de la Cerda. En la ciudad imperial, Teresa podrá apreciar las dimensiones del problema de la Iglesia, y dejará en ella una herida sangrante de la que no curará jamás.

Las informaciones transmitidas oficialmente por el rey o las descripciones hechas por el cardenal de Lorena en pleno Concilio de Trento trazan un panorama desolador:

«La mano del Señor ha caído sobre nosotros.... Por todo el reino hay disensiones, odios, rapiña, guerras intestinas y peor que civiles, llanto por todas partes, por todas partes dolor... No se perdona ni siquiera a los sacrosantos templos de Dios. Los sacerdotes y religiosos son asesinados incluso ante los altares, que ellos abrazan mientras mueren; los signos visibles de los sacramentos son pisoteados y quemados. Doquier se ven hogueras con toda clase de ornamentos sagrados, y grandes piras con imágenes sagradas... Las reliquias de los santos, una vez derrocados los altares, se reducen a cenizas, que luego son arrojadas al río [...]. Por todas partes se blasfema el nombre del Señor. Por fin, lo más grave de todo, cesa entre ellos sin excepción el sacrosanto sacrificio...».⁴⁸

Teresa de Jesús repetirá casi con las mismas palabras estas descripciones en *Camino de Perfección*, «Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, [...], quieren poner su Iglesia por el suelo» (C 1, 1.5.), «tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los lugares a donde estaba este Santísimo Sacramento entre estos

⁴⁸ Citado por Tomás ÁLVAREZ, *Santa Teresa y la Iglesia*, Ed. Monte Carmelo, Barcelona 1980, 84-85.

luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los sacramentos» (C 35,3).

Semejantes noticias le vienen del centro de Europa (Alemania, Austria, Baviera, Bohemia, Hungría...), de mano de sus confesores jesuitas. Nadal en una carta pedirá a los jesuitas españoles «... ruego por amor del Señor a todos que ayuden a Alemania con buenos deseos, oraciones y sacrificios, aplicando los sacrificios y oraciones a todos los católicos y iglesia de Alemania, [...], por todas las vías que puedan ayudar a Alemania: no dexen de hazerlo.»⁴⁹

Según el testimonio de los que conocieron a santa Teresa, los puntos geográficos que centrarán su atención son: Francia, Alemania, Flandes, Inglaterra... Pero no serán las dimensiones geográficas, ni las mismas guerras, que ella desearía la muerte antes de ver surgir una más entre los reinos cristianos. Lo que conmovió su espíritu son «los grandes males de la Iglesia», los que le producen un profundo dolor místico: «Como veo las grandes necesidades de la Iglesia..., éstas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena» (CC 3,7).

Ella identificará la Iglesia histórica con la persona histórica de Cristo. Por ello todo ataque a la Iglesia visible es un ataque a Cristo. Le duele en lo más hondo la herejía, la pérdida de la fe de tantas almas, de sacerdotes y monasterios, pero por su intenso amor a Cristo lo que le duele aún más es la profanación o la eliminación de la Eucaristía. Al rechazar los herejes la Eucaristía como «Sacrificio» y la presencia de «Cristo en el Santísimo Sacramento», «le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias» (C 3,8). Teresa es vivamente consciente de la gravedad de estos hechos, ya que es precisamente la presencia viva de Cristo en la Iglesia, la que aplaca al Padre, si no, «¿qué sería de nosotros», ya que sin Él todo se acabaría» (cf. C 35,4).

Los grandes males que afectan a la Iglesia, ante todo el avance de las herejías, condicionará de forma decisiva su obra fundacional. Así lo expone en el inicio de *Camino de Perfección*: «Al principio que se comenzó este monasterio a fundar [...], no era mi intención hubiera tanta aspereza en lo exterior ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada [...]. En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta» (C 1,1-2).

¿Qué hacer ante «tan grandes males» tan hondamente sentidos? Ella hubiera deseado predicar y hacer ver a los herejes sus yerros (CC 3,8), pero se encuentra limitada por su condición de mujer en aquella sociedad e Iglesia donde tiene vedada toda acción apostólica directa

⁴⁹ *Ibíd.*, 84-85.

como predicar. Algo que no dejará de indignarla, ya que no es tiempo de «desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres» (CE 3,7).

Ella, como mujer, puede y debe hacer algo por la Iglesia: «Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo» (C 1,2). Acordándose de que había hecho promesa a Dios de guardar la «Regla con la mayor perfección que pudiese» (V 32,9). Y esta manda «orar sin cesar» (C 4, 2; 21,10). Por tanto, determinará seguir los consejos evangélicos con toda perfección, que mandan también «orar siempre, sin desanimarse» (Lc 18, 1), a la vez que mandan perdonar al deudor (Mt 6, 14-15), amar al prójimo (Jn 13,34), amar y honrar a Dios de todo corazón (Lc 10, 27).

De este modo Doña Teresa de Ahumada, profundizará sobre el objetivo principal del monasterio que ella se siente llamada a fundar. De ello habla el P. Ribera, su protobiógrafo: «Su intención primera no fue más de hacer un monasterio donde ella y las que le siguiesen, con más encerramiento y estrechura pudiesen guardar lo que habían prometido al Señor conforme al llamamiento de su religión; que de religión nueva nunca trató sino de perfeccionar esta suya antigua de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Considerando las grandes necesidades de la Iglesia, y deseando con su gran caridad ayudar á los que pelean por ella en lo que la fuese posible, levantó más alto sus pensamientos, y añadió á la penitencia y pobreza que antes había pensado, y trazó el negocio de otra manera.»⁵⁰

Los testimonios del proceso de beatificación son verdaderamente elocuentes de que este fue el objetivo por el que el Espíritu Santo hizo surgir en aquellos momentos, tan críticos para la Iglesia, la Reforma de Teresa en el Carmelo: «Cómo en aquel tiempo en el cual trataba de erigir el monasterio oyese cuándo cundiesen los herejes en Francia y Alemania y otras regiones, con gran dolor de corazón y gran deseo de ayudar a la Iglesia de Dios, con cuyo celo vehemente se afligía, dirigió todas las oraciones y otras asperezas de la Religión como principal medio y fin de su monasterio a Dios por la conversión de los herejes y por la propagación de la fe, y juntamente por los predicadores que se ejercitaban en la conversión de las almas y que, con la oración, este celo de las almas fue la primera vocación que tuvo en esta nueva reformación de Orden.»⁵¹ Los que declararon en los procesos de

⁵⁰ FRANCISCO DE RIBERA, *Vida de santa Teresa de Jesús, o.c.*, 182

⁵¹ *Procesos*, BMC XX, p. XXIV. Citado por T. Álvarez, *Santa Teresa y la Iglesia, o.c.*, 102.

canonización testifican: «Se puso la dicha Madre Teresa con todas sus fuerzas a fundar y reformar estos monasterios en lugar de aquellos que en Francia los herejes destruían»; «acrecentar iglesias y dar posada a Cristo nuestro Señor por las que los herejes y luteranos deshacían y derribaban»; «granjear almas que recompensasen aquella pérdida para gloria de Dios y bien de ellas».⁵²

En todos estos testimonios sobre el fin por el cual Teresa de Jesús iniciará la Reforma del Carmelo descalzo vemos la influencia decisiva del contexto histórico-ecclesial de su tiempo. En tan crítica situación en la que se encuentra la Iglesia cree que lo más importante es suplicar a Dios para que ponga remedio a esta situación, a su vez suplicarle que dé luz, fortaleza y eficacia a todos aquellos que deben actuar apostólicamente para poner remedio.

Por las Iglesias perseguidas Teresa de Jesús elevará a Dios ardientes oraciones: «Ya, Señor, ya ¡haced que se sosiegue este mar! No ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos» (C 35,5).

Ante la situación de persecución que viven hoy millones de cristianos, son totalmente pertinentes las palabras de santa Teresa: «*Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo [...]. No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia*» (C 1,5).

6.8. El “aumento de la Iglesia” por medio de la expansión misionera

La Virgen María escuchó de su Hijo poco antes de ir al cielo, la misión que daba a sus discípulos: «Id, pues, y haced discípulos entre los habitantes de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir lo que yo os he encomendado. Y sabed esto: que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20). Ella, la mejor de sus discípulas, no dejará de ayudar a la expansión de la Buena Nueva del Evangelio.

Santa Teresa de Jesús también hará suya la causa de la expansión de la Iglesia católica: «Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba con las hermanas hiciesen lo mismo y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia» (F 1, 6). «Rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica» (4 M 1,7). En el epílogo de las *Moradas*,

⁵² QUITERIA D'AVILA, *Proceso de Avila, 1595, en Procesos*, I, 235s. Citado por Efrén de la Madre de Dios, “El ideal de Santa Teresa...” o.c., 215.

su obra maestra sobre la oración, su testamento espiritual, recuerda a los lectores que pidan a Dios «el aumento de su Iglesia» (n. 4).

Este aumento de la Iglesia significaba no solo que en el castillito, entendido también como las naciones que conservaban la fe católica, haya «buenos cristianos no se nos vaya ya ninguno con los contrarios» (C 3,2) o que Dios diera «luz para los luteranos» (M, epílogo, 4), sino también la expansión misionera de la Iglesia, ante todo en América, por la que no dejará de orar, y a partir de ellos por todo el género humano: «Mucho me lastima ver tantas pérdidas de almas y estos indios no me cuestan poco» (Cta 24,20). No solo le preocupa que «el Señor les dé luz» a los indios para que acojan la fe católica, sino también a los conquistadores, «como ando en tantas partes y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma» (cta. 24, 20).

De hecho, la Iglesia católica, en su tiempo tan probada en Europa, a través de la expansión colonizadora de los portugueses y españoles, fue propagando la fe católica por América, África y Asia, y fueron naciendo nuevas cristiandades. El Carmelo Descalzo en ello tendría un importante papel:

«Lo que no podía barruntar la Madre Teresa fue que de su Carmelo reformado surgiría una gloriosa historia misionera, que sus descalzos estarían en el origen de la Congregación para la Propagación de la Fe, que regentarían florentísimas estaciones misionales y que una de sus hijas, precisamente de Francia, llegaría a ser proclamada por la Iglesia Patrona universal de las Misiones con el mismo rango que el apóstol de las Indias, San Francisco Javier.»⁵³

Los palomarcitos de la Virgen, como ella gustaba llamar a los monasterios de las carmelitas descalzas, se irán expandiendo en todas las tierras de misión de la Iglesia católica de los cinco continentes, contribuyendo con su oración y testimonio en el enraizamiento de la Iglesia de Cristo. De este modo se cumplía uno de sus más grandes deseos, que su obra fundacional fuera parte «para que se edificasen en muchas ciudades y reinos otras casas e iglesias donde se pusiese y respetase y reverenciase el Santísimo Sacramento»⁵⁴.

⁵³ Ismael BENGOCHEA, *Teresa y las gentes*, o.c., 160.

⁵⁴ *Procesos*, BMC t. 19, p. 270s. Citado por Tomás ÁLVAREZ, *Santa Teresa y la Iglesia*, o.c., 101.

En la actualidad hay cerca de 900⁵⁵ monasterios de carmelitas descalzas esparcidos por la mayor parte de los países del mundo, convirtiéndose así en la orden contemplativa más numerosa de la Iglesia, con más de 12.300 monjas, y la tercera dentro de las familias religiosas femeninas.

Se hacen verídicas las palabras que le dirigió el Señor en la oración, animándola a que llevara a la práctica sus deseos de construir un monasterio donde pudiera vivir con más perfección la Regla del Carmen, ya «que sería una estrella que diese de sí gran resplandor» (V 32, 11). Se cumplía así la profecía que san Luis Beltrán comunicó a santa Teresa cuando le pidió consejo de si debía fundar o no el monasterio de san José: «Agora digo, en nombre del mismo Señor, que os animéis para tan grande empresa, que él os ayudará y favorecerá. Y de su parte os certifico, que no pasarán cincuenta años, que vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios.»⁵⁶

También tendría razón el primer cronista de la Reforma, el P. Jerónimo de san José, que conoció la obra teresiana en plena expansión:

«¡Oh rinconcito amable y precioso, y cómo se ha de extender tu nombre por toda la redondez de la tierra! ¡Oh granito de mostaza, encubierto y enterrado ahora, cómo has de crecer en árbol grande y te has de ver lleno de aves celestiales que niden en tus ramas! ¡Oh chinita cortada del Monte alto del Carmelo [...], ¡cómo has de crecer luego en monte tan grande que venga a llenar el Universo! [...] ¡Salve, oh Patria dichosa de la Reforma Descalza Carmelita, solar primitivo suyo, mil veces salve! Tú serás en millares de siglos por ella venerada, y la copiosa y noble posteridad en tus hijos agradecida a tan inestimable beneficio como de ti hoy recibe, celebrará con ternura, devoción y lágrimas tu memoria en siglos sempiternos.»⁵⁷

6.9. Los que contribuyeron al nacimiento del Carmelo Descalzo en la Iglesia

⁵⁵ En el Anuario Pontificio de 1999 con datos del 31 de diciembre de 1997, las carmelitas descalzas tienen 881 comunidades y son 12.351 monjas.

⁵⁶ Ello lo testimonia Fr. Vicente Justiniano ANTIST, primer biógrafo y contemporáneo de san Luis Beltrán en *Verdadera relación de la vida y muerte del Padre Fr. Luis Beltrán*, Adiciones, Trat. II, cap. VI. Citado por el P. FRANCISCO DE RIBERA, *Vida de santa Teresa de Jesús, o.c.*, 155.

⁵⁷ Citado por las CARMELITAS DESCALZAS DE SAN JOSÉ DE ÁVILA, «San José de Ávila, primera fundación», *Teresa de Jesús*, 175 (enero-febrero 2012), 26-29.

La promesa del Señor «de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él» (V 32,11) y la que le hizo la Virgen María, «que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos» (V 33,14), se hicieron realidad. Gracias a la ayuda que la Providencia Divina dispuso que santa Teresa recibiese de miembros de diversas órdenes religiosas y del clero secular.

En primer lugar recibirá el apoyo inestimable de la Compañía de Jesús. Los jesuitas le ayudarán a discernir su vida espiritual y la guiarán en la oración y en la devoción a la humanidad de Cristo. Llegará a decir «que la Compañía la ha criado y dado el ser».⁵⁸ Su reconocimiento por la ayuda recibida de los jesuitas en sus agobios fundacionales es reiterada y llena de sinceridad, además de las muchas vocaciones que encaminaron a sus monasterios (F 27,1).

Le alentará en la fundación del monasterio de san José la profecía de san Luis Beltrán, dominico que la comunicó a santa Teresa cuando le pidió consejo de si debía fundar o no el monasterio de San José. Cuando fue conocido el proyecto de fundar un nuevo monasterio en Ávila, se armará un gran alboroto y unánimemente se opondrán al proyecto. En este momento tan adverso el dominico Pedro Ibáñez se pondrá de su parte, considerará que la fundación de aquel monasterio será «muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse. [...] y quien lo contradijese fuese a él, que él respondería» (V 32, 17). Los grandes teólogos dominicos, el primero entre todos el padre Domingo Bañez, la pusieron en contacto con los problemas dogmáticos y la hicieron sensible al Magisterio de la Iglesia.

En esta lucha por la erección del monasterio de san José, Teresa tiene un Breve de la Santa Sede para iniciar la fundación de un monasterio reformado, tiene el edificio, pero carece de autorización para iniciar la vida comunitaria en él, por la oposición del Provincial. Entonces convocará a varios de sus amigos para estudiar cómo disponer al obispo de Ávila para que admita el monasterio bajo su jurisdicción. Pero el obispo, don Álvaro de Mendoza, está en contra de que se haga un nuevo monasterio de pobreza, donde hay tantos, en un lugar tan pobre como Ávila.

San Pedro de Alcántara, franciscano, fundador de una reforma de su orden, será un gran impulsor de los anhelos fundacionales de santa Teresa, además de hacerla reflexionar sobre la pobreza evangélica. Este escribirá una carta al obispo de Ávila informándole sobre los proyectos de la madre Teresa, suplicándole que la acoja bajo su jurisdicción, pero se niega a ello y se ausentará de la ciudad de Ávila. La negativa del Obispo no desalentará a san Pedro de Alcántara, entonces enfermo. Cuando su salud mejorará, se hará llevar en jumentillo a tratar

⁵⁸ Carta 269, 10. A P. Pablo Hernández.

personalmente con el obispo en su residencia. Intentará convencer a don Álvaro de que «era cosa de que Dios se agradaba»⁵⁹ y ponderará la mucha santidad de doña Teresa. Al final, conseguirá que hable personalmente con la madre Teresa en la Encarnación. Después de la entrevista, don Álvaro de Mendoza quedará profundamente impresionado. Cuando regresará a su residencia, dirá, que Dios «hablaba en aquella mujer, y venía persuadido a que por ninguna vía dejaría de hacerse la fundación de San José».⁶⁰ Luego otorgará licencia para que el Breve se pusiese en ejecución.

Del clero secular, Teresa de Jesús tendrá también la ayuda incondicional y eficaz del sacerdote Gaspar Daza, quien en nombre del Sr. Obispo impondrá el hábito a cuatro doncellas en el día de la fundación del convento de san José, el 24 de agosto de 1562, y será su director espiritual. Julián de Ávila, capellán de san José, acompañará a la Santa en sus fundaciones hasta la de Sevilla inclusive. Murió santamente en Ávila.

Tanto la intervención en primer lugar del dominico Pedro Ibáñez, defendiendo el proyecto fundacional ante el Consejo de la ciudad de Ávila, como la actuación de fray Pedro de Alcántara, franciscano, serán decisivas para la fundación de San José y la Reforma del Carmelo. Así también la ayuda del Obispo de Ávila, respecto a él dirá el P. Gracián: «Al ilustrísimo señor don Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, toda esta orden tiene por padre y señor, y fundador de esta casa –san José– y de toda la orden.»⁶¹ Ya que él siempre será su protector y bienhechor. Favorecía a las monjas de San José con «pan y botica, y otras muchas limosnas».⁶²

Por parte del Carmelo, la ayuda incondicional para la expansión de la «Reforma del Carmelo Descalzo» la recibirá del prior general de la Orden, el P. Juan Bautista Rubeo, que ya trabajaba arduamente en la reforma de la Orden, introduciendo la Reforma de Trento.

En su visita a Ávila, Teresa de Jesús dará al P. Rubeo cuenta «con toda verdad y llaneza» (F 2, 2) tanto de su vida como de su llamamiento a fundar el monasterio de San José. Éste se alegrará de ver la manera de vivir de las carmelitas descalzas, verá en aquel monasterio «un retrato, aunque imperfecto, del principio de nuestra Orden» (F 2,3).

⁵⁹ Declaración de Juan Carrillo: BMC XVIII, 384.

⁶⁰ Citado por Efrén DE LA MADRE DE DIOS y Otger STEGGINK, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid, BAC 1968, 216.

⁶¹ Autógrafo del 31 de agosto de 1577. Citado por T. SABRINO CHOMÓN, *San José de Ávila. Historia de una fundación*, Ávila 1997, 70.

⁶² «Era entonces el Rmo. señor don Alvaro de Mendoza, y cuanto estuvo en Avila, le favoreció mucho y daba siempre pan y botica y otras muchas limosnas». SANTA TERESA DE JESÚS, «Memorial de san José de Ávila», en *Obras Completas, o.c.*, 2148-2149.

Cuando el P. Rubeo se dio cuenta de las dotes extraordinarias de la Fundadora y de la trascendencia de su obra, «tanto más le dolía que aquella casa no estuviera bajo la obediencia de la Orden».⁶³ Por ello quiso tener un conocimiento detallado de los hechos: «Informado de la actitud negativa del provincial de Castilla, Fr. Ángel de Salazar, ante el proyecto de fundación, el general se indignó con éste, y, aunque la madre Teresa lo excusaba, alegando la gran contradicción de la ciudad, “reprendió a los religiosos por no lo haber querido admitir.”»⁶⁴ Por otra parte, no dejó de examinar a fondo la situación jurídica de la madre Teresa y de sus dos compañeras de la Encarnación a partir de la bula pontificia del 17 de julio de 1565, en virtud de la cual éstas se consideraban autorizadas para estar en San José y dar la obediencia al ordinario.

Lo que el P. Rubeo querrá advertir será «que el texto de la bula pontificia no implicaba un cambio de obediencia propiamente dicho y que las interesadas, como profesas de la Encarnación, eran súbditas suyas –como siempre habían sido y querido serlo–, a pesar de haber dado como miembros de la comunidad de San José la obediencia al ordinario. En este sentido, pues, el General pudo decir con toda razón a la madre Teresa de Jesús: “Mía eres”, como lo hizo; “pues el breve no tenía fuerza para haber mudado la obediencia”».⁶⁵ Ante esta advertencia del prior general, la madre Teresa manifestó su adhesión, y «en su conciencia entendió que el general tenía razón, y que ella era súbdita suya como antes, y así se dio luego por suya, y como a su prelado le dio cuenta».⁶⁶ Igualmente dirá que el P. Rubeo, «me consoló mucho y aseguró que no me mandaría salir de allí» (F 2,2). Desde aquel momento la llamará con orgullo paternal «la mia figlia».⁶⁷

El P. Rubeo en su afán de dejar bien sentado el punto de la obediencia, y conservar a la madre Teresa y a sus dos compañeras para la Orden, antes de marcharse de Ávila, extiende un documento en el cual se hace constar «que la Santa es su súbdita, y otras dos monjas que refiere, aunque guarde la Regla primitiva, y las concede estén en San Joseph».⁶⁸ Sobre la obediencia de la Orden dice: «Siempre han sido de la obediencia de la Orden y ella con las dos así confiesan han tenido esta intención, y ahora con mucho deseo la tienen, la dicha

⁶³ Otger STEGGINK, *Arraigo e innovación en Teresa de Jesús, o.c.*, 162-163.

⁶⁴ *Ibíd.*, 163.

⁶⁵ *Ibíd.*, 164-165.

⁶⁶ *Ibíd.*, 165.

⁶⁷ Así refiere Isabel de Santo Domingo, testigo ocular, en el Proceso de Zaragoza, 1595; BMC, XIX, 83. *Ibíd.*, 165.

⁶⁸ *Ibíd.*, 165.

obediencia piden, al profesar y en aquélla quieren vivir hasta la muerte.»

69

El primer encuentro fue prometedor para la madre Teresa y abrió paso a otras entrevistas. En las cuales ella le dio cuenta de toda su vida espiritual. Durante estas y otras entrevistas el P. Rubeo pudo apreciar lo que Dios había obrado en su hija Teresa de Jesús, a la que calificará más tarde de «piedra muy de ser preciada, por ser preciosa y amiga de Dios».⁷⁰

Conociendo su gran celo por el bien de las almas y de la Orden, la visita que realizó a san José de Ávila «fue para él la visita más consoladora y prometedora de todas las que realizó en los conventos españoles».⁷¹

Será el mismo prior general quién deseará que aquella casa de experiencia que era san José se multiplique. Ya que consideraba que era deber sagrado la expansión de su familia religiosa. Y le dirá a la madre Teresa «que hiciese tantos monasterios cuantos pelos tenía en la cabeza».⁷²

Nos dice la madre Teresa: «Y con la voluntad que tenía de que fuese muy adelante este principio, diome muy cumplidas patentes para que se hiciesen más monasterios, con censuras para que ningún provincial me pudiese ir a la mano» (F 2,3). En la patente que le dará el padre Rubeo,⁷³ las pondrá bajo su obediencia inmediata. Ya que «era firme su voluntad de mantener este movimiento de reforma en el seno de la Orden, decretando “Los monasterios estén debaxo de nuestra obediencia, que de otra manera no entendemos que esta nuestra concesión sea de algún valor”».⁷⁴

Cada monasterio que fundare la madre Teresa podrá tomar dos monjas del monasterio de la Encarnación de Ávila, las que quisieren ir, y no otras, pero no podrá impedírselo ni el provincial ni la priora.⁷⁵

⁶⁹ Este documento fechado el 27 de abril de 1567 en Ávila, lo describe y extracta el P. Andrés de la Encarnación, OCD, en sus *Memorias historiales* Vol. 2, R. n.229. Citado por Otger STEGGINK, *Arraigo e innovación en Teresa de Jesús, o.c.*, 165

⁷⁰ Juan Bautista Rubeo a las descalzas de Medina del Campo, Roma, 1.1.1569. Citado por Otger STEGGINK, *Arraigo e innovación en Teresa de Jesús, o.c.*, 167.

⁷¹*Ibid.*, 167.

⁷² El P. Domingo Báñez, confesor de la madre Teresa de Jesús y defensor entusiasta de la reforma, refiere que él mismo lo oyó decir al general Rubeo. Proceso de Salamanca, 1591, 3, BMC XVIII,8.

⁷³ Pedro ORTEGA, incluye el texto de la patente del P. Rubeo en su libro, *Historia del Carmelo Teresiano*, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1996, 109-110.

⁷⁴ Citado por Otger STEGGINK, *Arraigo e innovación en Teresa de Jesús, o.c.*, 171.

⁷⁵ En realidad saldrán más de dos «por cada monasterio». De hecho la aportación que realizarán las monjas de la Encarnación a la Reforma iniciada por la madre Teresa será de gran valor. Aportará 22 de sus miembros. El P. Gracián señalaba como principales «Ana de la Encarnación, priora que fue de Salamanca; Inés de Jesús, de Medina del Campo y estas dos eran primas hermanas de la santa Madre; Ana de los Ángeles, priora de Toledo y de

Gracias a estas patentes, y al personal que le proporcionará el monasterio de la Encarnación con grandes religiosas, será posible que a partir de este momento se inicie la cascada de fundaciones: Medina del Campo (1567), Malagón y Valladolid (1568), Toledo y Pastrana (1569) Salamanca (1570), Alba de Tormes (1571), Segovia (1574), Beas y Sevilla (1575), Caravaca (1576), Villanueva de la Jara y Palencia (1580), Soria (1581), Granada y Burgos (1582). También admitirá la fundación de frailes carmelitas descalzos contemplativos.

De cada fundación que realice dará cuenta al P. General, este «me escribía recibir grandísimo contento, habiendo fundado las dichas; que, cierto, el mayor alivio que yo tenía en los trabajos era ver el contento que le daba por parecerme que en dársele servía a nuestro Señor, por ser mi prelado, y, dejado de eso, yo le amo mucho» (F 27,19).

La admiración que el padre Rubeo tenía por la madre Teresa de Jesús, no tenía límites: «Doy infinitas gracias a la Divina Majestad de tanto favor concedido a esta religión por la diligencia y bondad de nuestra Rvda. Teresa de Jesús. Ella hace más provecho a la Orden que todos los frailes carmelitas de España. Dios le de largos años de vida... Por amor de Dios nos encomiende a las oraciones de todas las monjas benditas de aquella Casa, habitación de ángeles...». ⁷⁶ Dos años después, al nombrarla, aún exclamaba incontenible que era una «piedra muy de ser preciada, por ser preciosa y amiga de Dios». ⁷⁷

Por su parte, la admiración que sentía Teresa de Jesús por su prior general, era grande: «Discreto y letrado..., persona muy señalada» (F 2,1). «Sentí muy mucho cuando vi tornar a nuestro padre General a Roma; habíale cobrado gran amor y parecíame quedar con gran desamparo» (F 2,14). Al recibir la noticia de su fallecimiento, Teresa llorará desconsolada.

El P. Rubeo de todo corazón protegió y fomentó la obra de santa Teresa de Jesús; ⁷⁸ si alguna vez obró enérgicamente contra ella, lo hizo por informaciones tendenciosas. Dirá J. Smet: «Sin el patronato y el aliento y guía del Padre General, el sueño de Teresa de revivir el modo de vida primitivo de la Orden podría haber quedado confinado a los muros almenados de la ciudad de los caballeros.» ⁷⁹ De la misma opinión

Cuerva; María Magdalena que dio gran luz de virtud y devoción con las almas del purgatorio en Malagón; María del Sacramento ejemplo de paciencia y sufrimiento en Alba». BMC XVI, 490.

⁷⁶ BMC V, 339. Citado por Rafael LÓPEZ MELÚS, «Teresa de Jesús», *Recordando un centenario*. CESCO, Caudete 1981, 175.

⁷⁷ BMC XVIII, 238. Texto citado por Pedro ORTEGA, *Historia del Carmelo Teresiano*, o.c., 83.

⁷⁸ Se conservan tres cartas que santa Teresa de Jesús dirigió al P. Rubeo: la carta del 18.6.1575 y la de enero-febrero de 1576 escritas desde Sevilla y la carta de octubre de 1578 escrita desde Ávila.

⁷⁹ Joaquim SMET, *Los Carmelitas. Historia de la Orden del Carmen*, BAC, Madrid 1987, 52.

es Otger Steggink: «Queda el mérito incalculable del P. Rubeo, quien bajo distintos aspectos da muestras de un marcado parentesco espiritual con la priora de San José de Ávila. Esto resalta principalmente en la plena comprensión que tuvo hacia la madre Teresa de Jesús, en la valoración total de sus obras y haberla lanzado a la conquista del espacio vital que en la Iglesia de Dios merecía aquella fundación.»⁸⁰ También este autor demostrará que «sin la Encarnación no sería explicable San José, por tantos elementos como se incorporaron –transfigurados y acomodados, sin duda– a la nueva vida, y coincidentes en parte con los de las otras reformas de su tiempo».⁸¹ A su vez, en las alturas místicas a las que llegó santa Teresa de Jesús, tuvo a san Juan de la Cruz como supremo maestro del último período de su vida mística. Teresa de Jesús no pudo leer ninguna de las grandes obras del santo, pero su influjo está presente en el Castillo interior.⁸²

Teresa de Jesús no solo recibirá la ayuda del clero secular y de distintas órdenes religiosas para fundar la Reforma del Carmelo Descalzo (dominicos, carmelitas, jesuitas, franciscanos), sino que el Espíritu Santo le hará participar de la pujanza espiritual y de la sabiduría de los grandes fundadores de órdenes contemplativas.⁸³

Por san Agustín, Teresa es consciente de la posibilidad real de una verdadera conversión a Dios, a pesar de su falta de correspondencia a la gracia.

De Benito de Nursia, heredará desde la comunión de los santos, el dirigirse a Dios con gran reverencia y, en la oración conformar la mente a los labios, así como la sabiduría para organizar la vida de las carmelitas descalzas.

De santa Clara y de san Pedro de Alcántara recibirá la determinación de fundar en pobreza, para liberarse de la tiranía de algunos patronos, e intercederá a Dios por la Iglesia no desde la saciedad de bienes, como dice el salmista (Sal 62,6), sino desde una vida pobre como la de Jesús.

De santa Catalina de Siena recibirá el don de orar constantemente por la Iglesia, en particular por los sacerdotes, decisión que se convertirá en Teresa de Jesús, en algo institucional. De este modo en la Santa

⁸⁰ Otger STEGGINK, *Arraigo e innovación en Teresa de Jesús*, o.c., 185.

⁸¹ Salvador ROS, «El carisma del Carmelo vivido e interpretado por Santa Teresa», *Revista de Espiritualidad* 56 (1996) 161-205 (184).

⁸² Cf. «Teresa de Jesús» en E. ANCILLI (Dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, Ed. Herder, Barcelona 1983, 473-493 (478).

⁸³ El P. ARINTERO, gran eclesiólogo, decía: «Los santos [...] revierten sobre la Iglesia la santidad que de ella reciben; y en proporción con su misma santidad, derivan de santificados en santificadores, desbordando sobre los otros fieles, comiembros suyos, y sobre todo el organismo viviente de la Iglesia, la pujanza a que ha llegado su espíritu.» Marcelino LLAMERA, *Los Santos en la vida de la Iglesia*, Ed. San Esteban, Salamanca 1992, 14.

madre Teresa se cumpliría la promesa que el Padre eterno había hecho a Catalina de Siena dos siglos antes, de que quería ejercer misericordia a favor de los sacerdotes si había quien «con afecto de caridad y santa oración, de ponerles vestido nuevo y lavar sus inmundicias con lágrimas y gran deseo de que yo, en mi bondad, les vista de nuevo de la caridad»

⁸⁴

De todas las aportaciones espirituales y la ayuda que recibirá santa Teresa de Jesús en su vida espiritual y en su obra fundacional, no hay ninguna comparable con la que recibirá de la Orden del Carmen, en la cual había profesado.

En este estudio, se ha intentado mostrar que desde que Doña Teresa de Ahumada se determinó a «seguir el llamamiento que Su majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese» (V 32,9), el Espíritu Santo fecundará en ella todas las grandes dimensiones del carisma del Carmelo y las enriquecerá. Se podría afirmar que no hay ningún miembro del Carmelo en toda su historia que haya vivido con tanta profundidad e intensidad las dimensiones espirituales de la Orden y le haya aportado un enriquecimiento semejante. Cantemos con ella sin fin la gran Misericordia de Dios (V 14, 10).

⁸⁴ Santa CATALINA DE SIENA, *El Diálogo, Oraciones y Soliloquios*, BAC n. 415, Madrid 1991, n. 120, 284.